

11  
Folios 24-82  
n.º 16

X NT-XIX 1294(6)

2000

# DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL EXCMO. SEÑOR

## D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

EL DIA 26 DE NOVIEMBRE DE 1872

EN EL

### ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE MADRID

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SUS CÁTEDRAS

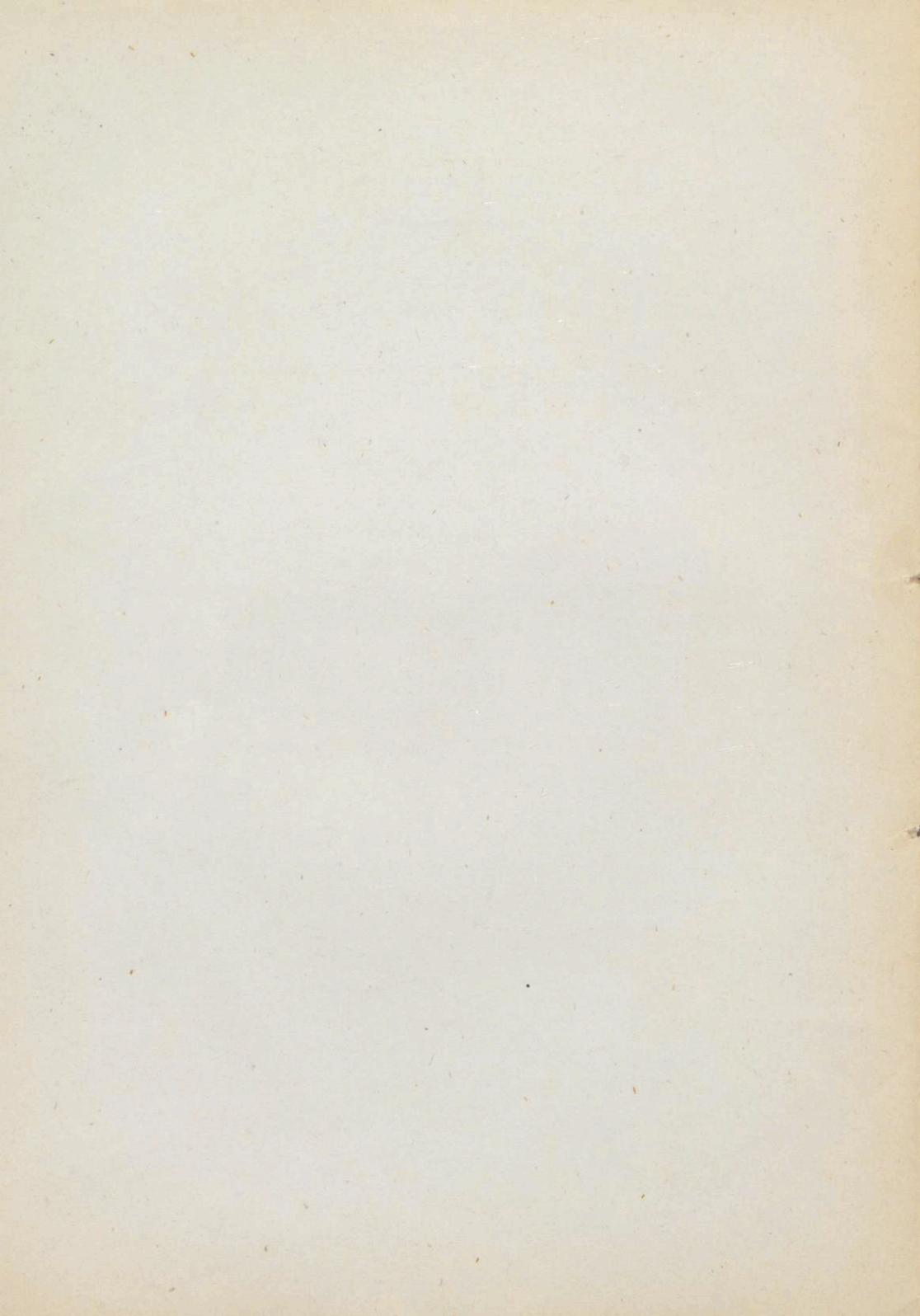
---

MADRID

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

Calle de Capellanes, núm. 5, principal

1872



22 cms.

R. 70. 792



# DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL EXCMO. SEÑOR

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

EL DIA 26 DE NOVIEMBRE DE 1872

EN EL

ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE MADRID

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SUS CÁTEDRAS

---

MADRID

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

Calle de Capellanes, núm. 5, principal

1872

DISCURSO

DE

ANTONIO CAÑIZAS DEL CASTILLO

EN EL DÍA 28 DE NOVIEMBRE DE 1877

EN

ALFARO CERVANTES Y LETRADO

DE MADRID

EN EL AÑO DE 1877

ALFARO

CERVANTES Y LETRADO

DE MADRID

SEÑORES:

I.

Confieso con ingenuidad que cada vez que subo á esta cátedra, experimento una extraña emoci3n, tal y como si el 3nimo se me ensanchase apaciblemente. La vida pr3ctica siempre fatiga y descorazona á los hombres, y m3s que en otras, por fuerza, en 3pocas de luchas grandes y grandes mudanzas. No hay m3s que un reposo reparador ent3nces, y el a3o pasado lo indiqué ya, que es el del estudio y la meditaci3n. Estudiando, meditando, se hace de nuevo productivo el entendimiento esterilizado, y la enferma voluntad convalece y recobra sus alas. Continuemos hoy, pues, la jornada emprendida, y, si posible es, á m3s largo paso que nunca. Porque, ¿quién, se3ores, no há menester de ese reposo fecundo para restaurar las fuerzas del alma? ¿Quién habrá que no aparte de sí con gusto, por cortos momentos siquiera, las preocupaciones subalternas é individuales, olvidando lo que nos divide, nos junta, nos alegra ó nos entristece en la vida ordinaria, para ele-

var el entendimiento á lo general, á lo superior, á aquello que interesa igualmente á todos los hombres? Tócame en particular á mí la inauguracion de las nuevas tareas; pero el proseguirlas, y avivarlas, y acrecentarlas, á todos, sin excepcion, á todos nos corresponde en grado idéntico.

Fuesen muchas ó pocas las íntimas contradicciones que recelase, de seguro expondría aquí mis pensamientos con la independencía mesurada que nuestras tradiciones consienten. Mas, por dicha, ya que persuadir no logre, tampoco ha de sorprender á nadie lo que diga esta noche. No he de hacer, en suma, sino esclarecer conceptos que tengo ya expuestos otras veces.

Atentamente, señores, he observado tambien este año la circulacion de las ideas por el mundo, proponiéndome llamar vuestra atencion sobre las principales de ellas, y contribuir así á que en tiempos tan árduos no pierda el Ateneo su constante contacto con las corrientes vivas del humano espíritu. Si he observado bien ó mal, no soy yo quien ha de juzgarlo; mas debo anticiparme á decir, que ha confirmado en mí el nuevo exámen, la opinion que ya abrigaba, de que el problema religioso resume cuantos inquietan ó espantan al presente los ánimos. Quitar de él los ojos con indiferencia, ó burlas, ó con desden colérico, tanto vale para mí, cuanto renunciar á saber la naturaleza de los males que unánimes lamentan políticos, y economistas, y filósofos, así como la fuente salútfera donde la experiencia indica alivios, ya que no prontos ni infalibles remedios.

No soy yo el único, ni siquiera de los primeros, que hayan percibido ó imaginado percibir en toda gran cuestion social ó política otra teológica. Dos autores famosos se me

han adelantado en tal opinion, y á quienes, por cierto, asombra ver en ella acordes, Proudhon el uno, el otro Donoso Cortés (1); y rara cosa, en verdad, fuera el acertar con una direccion inexplorada en asuntos que interesan hoy á los hombres todos, y son, en diversa medida, de todos los tiempos. No es, sin embargo, idéntico mi propósito al del pensador ilustre que ocupó este sitio mio en dias mejores. Méenos atento de lo justo á las circunstancias en que se realiza el sucesivo desarrollo de la historia, solia dar Donoso á sus fórmulas un carácter en cierto modo tiránico, que las hizo á muchos antipáticas, no obstante la profunda verdad de algunas y la elocuentísima expresion de todas ellas. Concíbese, con todo, que tal fuese el proceder de Donoso, allá en sus dias: porque lo cierto es, que cuando él dió al mundo, por adelantado, aquella nueva inesperada de que acababa la libertad, con los propios golpes herida, que al catolicismo asestaban los incrédulos (2) alzábese su tribuna en un suelo donde todavía era delito la negacion del dogma religioso, y, del otro lado del Pirineo, calurosamente aplaudian sus palabras, ministros, ejércitos y monarcas, capaces de remediar tarde ó temprano los nuevos y grandes males que presenciaba ó presentia. Muy al contrario ahora, si por milagro de Dios resonara otra vez su voz titánica, ni monarquías, ni ejércitos, ni reyes, ni ministros encontraria ya que con amor le escuchasen, y ni un palmo de tierra siquiera donde se ostentase solitaria su propia fe. Seríanle, por tanto, mucho ménos favorables que le fueron los tiempos.

---

(1) Véanse el título y todo el capítulo 1.º del *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*.

(2) Discurso de 4 de Enero de 1849.

Parémonos, señores, á observar más de cerca el estado del mundo, por lo que hace al problema religioso, aunque sea muy brevemente. Es el cristianismo, por comun consentimiento de los racionalistas, el más sabio y perfecto de los sistemas religiosos modernos y antiguos, y dentro del cristianismo, el catolicismo posee tan singulares ventajas, que muchas veces lo apellidó Proudhon mismo la religion por excelencia. Aparte toda consideracion teológica, no cabe negar el hecho palpable de ser hoy el catolicismo la religion única, que con verdadero convencimiento y sin el menor desmayo, mantenga la nocion de lo sobrenatural y divino entre los hombres. En balde le disputaria tal honor el protestantismo de nuestra época, el cual pone á votacion en sus sínodos franceses, si son ó nó necesarios los dogmas ó artículos de fe; el cual se olvida en Alemania de la confesion de Augsburgo, y propende á reducir los dogmas á puros símbolos; el cual se despedaza en cismas en Inglaterra; el cual tolera, en fin, que, so pretexto de liberalismo, no tan sólo desdeñen el culto externo sus pastores, cual otras veces, sino que se adelanten ya á negar la fe interior, y lo sobrenatural todo entero, afirmando que lo sobrenatural no es de esencia, ni siquiera propio de las religiones, y arrancando así de su cristianismo nuevo, la base religiosa en que el verdadero cristianismo estriba, que es, ciertamente, la divinidad de Jesús (1). Pues observad ahora, señores, cómo los dos mayores representantes que tenga al presente en la tierra la autoridad huma-

---

(1) Véase sobre esto último, el libro del pastor Th. Bost, titulado *Le protestantisme libéral*; Paris, 1865; y tambien los de Athanase Coquerel, hijo, principalmente el que se intitula *La conscience et la foi*.—Paris 1867.

na, á no dudarle, es á saber, el Emperador germánico y el esclavon ó eslavo, bien léjos de amparar al catolicismo, renuevan á deshora las iras bárbaras de los herejes del Renacimiento ó del cisma bizantino, trocados, sin conocerlo, en inquisidores de un nuevo fanatismo; del fanatismo racionalista contemporáneo. Grande error es éste, sobre todo para el sucesor protestante de Carlomagno, que, hallándose en posesion apacible de aquella paz religiosa, á tanta costa adquirida por sus antepasados en Westphallia, temerariamente enciende las mal apagadas teas de la discordia en su propio suelo, cual si por fuera le faltasen agraviados y émulos. Harto más hábil seria en él ofrecer un puerto de refugio al pontificado náufrago; que tal vez de esa suerte llegaran á poseer el Rhin y el Elba un dia, no tan sólo el oro, las armas, el honor de las viejas banderas, sino lo más íntimo tambien y más fecundo del espíritu latino. Pero atento no más que al instinto avasallador de esa fiera raza prusiana (que ya quiere que sea el patriotismo ingenioso de nuestros vecinos, no ménos francesa que germánica) (1), Guillermo I olvida de un lado las grandes necesidades religiosas de la autoridad humana, nunca bastantes á satisfacer del todo los batallones vencedores, y desconoce de otro aquella verdad clarísima, melancólicamente proclamada por su compatriota Enrique Heine, con ser, cual era, protestante y escéptico, en las palabras siguientes: «Llamad (decia á los anticatólicos), llamad en buen hora á la Iglesia de San Pedro la Bastilla de la razon; sostened que sus baluartes únicamente están ya defendidos por inválidos; no por eso será ménos cierto, que esa Bastilla

---

(1) A. de Quatrefages, *La race prussienne*.—Paris, 1871.

es aún de expugnacion muy árdua, y que más de un jóven asaltante se ha de romper todavía el cráneo en sus almenas (4).»

Ni son solamente los modernos Emperadores, ó más bien sus ministros desvanecidos, los que de tales asuntos tratan sin el inspirado acierto del poeta humorístico. No de otro modo que ellos, ensáñanse con el catolicismo hoy día, sin más que por ser absoluto en sus dogmas, independiente en su organizacion, incansable en sus propósitos y eficaz en sus medios, cual toda religion viva tiene que serlo, los demócratas europeos, y cuantos con su mala leche ha amamantado la escuela revolucionaria francesa. Ni el furor de estos últimos se entibia por el sacrificio, no sé si penoso ó fácil, que forzosamente les cuesta de muchos y muchos de los axiomas soberbios sobre que descansan los castillos en el aire, que suelen llamar constituciones. Mal que á la lógica pese, ello es que la intolerancia religiosa se aviene bien con las democracias modernas, ejercitándose contra el catolicismo ahora, muy poco ménos que en los días de Calvino, tanto en la Francia vencida y mal segura, cuanto en la próspera y tranquila Confederacion de los cantones esguízaros.

No ya sólo contenida, sino sin rebozo contrariada, se ve, pues, la autoridad religiosa, y, contrariada por los poderes mismos que ejercitan la otra de las autoridades posibles, la política; no quedando reliquia apenas de aquel concierto antiquísimo entre lo sagrado y lo profano, que recomendó tanto Donoso: concierto que, en peligro á veces, nunca ha dejado de subsistir, si no es ahora.

---

(2) Henri Heine.—*De l'Allemagne*.—Dixième partie, *Avoux de l'auteur*.

Y por más que contente en ello á los adversarios de mis opiniones, quiero confesar una cosa aquí, tanto y más grave todavía. Si hay positivamente leyes morales, sin las que, no pueden realizar sus respectivos fines, ni la sociedad, ni el hombre, cúmplense por estilos y modos vários, de manera, que de todo se ve en la historia, menos el caso tan apetecido, de que resucite ó renazca lo que pasó por entero. No es otra, en puridad, la razon de que, juzgando verdaderas no pocas de las profecías de Donoso, comparta yo mucho ménos sus esperanzas que sus temores; y tenga por inaplicables ó inútiles, las soluciones exclusivamente represivas que ántes dejó traslucir que entender, su entendimiento generalizador. Ni aún colocándose en igual punto de vista que Donoso, cabe afirmar, á mi juicio, que para mantener por los siglos de los siglos su espíritu y su ley, necesite el Dios de los Evangelios restaurar éstas ó las otras instituciones caídas, estos ó aquellos anticuados elementos del orden social. Léjos de eso, la unidad en la variedad está hoy patente en la Creacion entera. Aquella antigua combinacion que tanto Donoso encarecia de la represion religiosa, y la represion política, es decir, la estrechísima alianza de las potestades sagrada y profana en otros tiempos, tan sólo fué sincera y alcanzó real eficacia, mientras la omnipotente autoridad que ámbas á dos constituian, vivió cual vivia todo entónces, dentro de la comunion de los fieles. Eran á la sazón Papa y Monarca, ú Obispo y Juez Real, ramas entre sí ligeramente apartadas, pero nacidas de un comun tronco, que herian á la par los duros vientos, é igualmente y á una hora misma, visitaba con sus rayos el sol. Mas en estas heterogéneas sociedades del siglo, formadas con

discordes creyentes é incrédulos, ¿cuán difícil no fuera alcanzar ya los incontestables bienes de un acuerdo semejante? ¿Qué soberano existe, por ejemplo, que á la manera de un Carlos V ó de un Felipe II, internamente se repute y casi siempre obre como Obispo externo de la Iglesia, ni qué pueblo capaz de contribuir á la eleccion de sus propios sacerdotes, aunque sólo fuera con su testimonio y aprobacion, que era lo ménos que acontecia entre los primitivos cristianos? Todo esto y más, puede muy bien anhelarse; pero ni en lo presente se ve ya, ni se divisa en el horizonte vastísimo que nuestra vista alcanza.

Fuerza es, por lo mismo, y dígolo sin temor ni desaliento, que por otro lado busquemos lo que se necesita y se apetece tanto. Fuerza es luchar donde quiera, y por nosotros mismos, ora inquiriendo y ora propagando, así en las cátedras como en los libros, las nociones, las ideas, las creencias, que constituyen la conciencia moral de los individuos y el principio vital de las naciones cultas; todo lo cual amparaba antiguamente, y oprime ya mucho más que apadrina la espada. Bien sé yo que en una forma ú otra cuanto sea esencial á la vida, en ella se realizará siempre por providenciales caminos, y que ni lo bueno, ni lo justo, ni aún lo santo, pese á quien pese, desaparecerán del mundo jamás. Tal convencimiento, engendrado en la contemplacion serena de la historia, no debe originar con todo eso confianza ó reposo entre los hombres. Las revoluciones, los cataclismos, los grandes movimientos, en fin, del espíritu ó la materia en el globo, son á manera de leves pliegues, sobre las lagunas formados por el aire, á los ojos del Divino Hacedor, que mide con lo infinito las cosas; mas para los que estamos aquí devorando este exí-

guo pedazo de vida, semejantes acontecimientos tienen, y no pueden ménos, importancia suma. Lo que es un ápice en el espacio y el tiempo, pesa sobre cada edad de hombre penosísimamente. Conviene, pues, preparar nuevos diques, ya que segun se ve no bastan los antiguos, á fin de impedir hasta donde posible sea dolorosas inundaciones y estragos, por más que el rio caudaloso y soberbio de la civilizacion moderna siga y siga incesantemente corriendo hácia su incógnito y remoto Océano. Y gran parte, si no la mayor, de tal obra toca ejecutarla, á mi juicio, á las corporaciones docentes como la que sin méritos bastantes presido esta noche.

## II.

Expuesto ya, señores, cuál sea el problema fundamental de nuestros dias, y bosquejado el cuadro triste de las circunstancias sociales y políticas en que está planteado, debo ya entrar decididamente en materia; pero ántes permitidme que sobre mí propio diga algunas palabras. Hijo de una generacion que ha dudado y blasfemado de todas las cosas, y hermano en edad, en estudios, en aspiraciones, de esos mismos que tanto y tanto dudan ó niegan todavía, ni me sentara á mí bien, ni cuadraria á este sitio la ostentacion de un dogmatismo intolerante. Nadie extrañe, por tanto, el tono puramente racionalista de este discurso, ni en lo que he dicho ya ni en lo que diga de aquí adelante. Muy claramente daré á entender sin duda mis opiniones propias, mas sin excusar por eso el imparcial exámen de ningunas, ni valerme de otros testi-

monios que de los que en este linaje de pleitos hacen ya fe hoy en día. El cáuce de mi razonamiento sucesivo trazado está, por lo demás, por aquellas disquisiciones y polémicas, que más viva atención han despertado en el Ateneo durante el año último y los anteriores; polémicas ó disquisiciones idénticas hoy en todas partes.

Nadie negará que ande el mundo sobradamente inquieto y confuso; y aún más agitado moral que no materialmente todavía. Sin duda los peligros no son tan grandes ni tan inmediatos, sobre todo, cual la imaginación se los representaba recientemente; pero grave síntoma es este de convenir todos en dar nombre de problemas, que quiere decir cuestiones por resolver, á las que solicitan más invenciblemente nuestra atención ahora, y piden resolución con más urgencia. Todo en la actualidad parece provisional ó insubsistente; todo da á entender que algún grande error de opinión perturba al presente el curso natural de las cosas; todo inclina á pensar que algún gran sofisma está haciendo incesantemente el vacío en la atmósfera que respira el organismo social. Ni aún los singularísimos hechos militares ó políticos que todos sabemos, y de que he hablado otras veces, son parte á impedir que, cuando se piensa se piense hoy al punto que hay algo de más interés todavía que ellos, con ser tales. ¡Pluguiese á Dios, señores, que no fuera ese algo, según es, el problema religioso, ó que ya que existiese, cual otras veces, no tuviera por lo ménos el carácter político, sociológico, universal que hoy tiene! Que era ya triste y peligroso, en verdad, que á sus solas dudase el hombre de la existencia de un Sér Sumo, infinitamente misericordioso y providente, eterno y gratuito dispensador de la perfecta justicia; mas,

¿cómo comparar ni áun de lejos aquello con los peligros y las tristezas actuales? No es hoy, no, cualquier hombre aislado quien duda, niega y prescinde de Dios, sino tanto y tal número de hombres, que pretenden poseer y llevar la voz de la sociedad entera. Con grande exactitud y elocuencia solian pintar nuestros escritores ascéticos la mísera vida que vivir suele el alma infiel, áun estando ricamente provista por la naturaleza y la fortuna. Pues todos podríamos describir ahora, con igual exactitud, si no con elocuencia parecida, ya que estamos tocándolos con las manos, los efectos de aquella enfermedad del espíritu en el órden social. No solamente los concretos y positivos males que en realidad se experimentan, sino la inquietud íntima, la agitacion inexplicable, los terrores exagerados, ó cuando ménos faltos de inmediato fundamento, todo el vago mal-estar en suma que siente el mundo culto, provienen de la incredulidad ó de la duda, que desde la conciencia individual se ha ido trasmitiendo poco á poco á la que en cierto modo cabe llamar, y de ordinario se llama, conciencia pública. Para demostrarlo prácticamente, no es preciso levantar el entendimiento á la esfera teológica, ni á la metafísica siquiera, ya que por sí sola ofrece la sociología en sus varias ramas, todos los datos apetecibles.

Diríase á primera vista, que poco ó nada importa la fe religiosa á los complicados problemas, que tiene hoy sobre sí la economía política, ciencia especialmente consagrada, cual es sabido, á demostrar los orígenes de la riqueza, y las condiciones con que se obtiene y reparte entre los hombres; y tal era, al parecer, la opinion del más seguido de sus maestros, Bastiat, individualista, liberal é incrédulo, todo á un tiempo. Mas fatígase en vano,

por lo que se va viendo, esta ciencia en hacer entender por sí sola á todo el mundo que la distribucion de la riqueza inmensa, que nuestra edad posee, con arreglo á sus propias leyes, realiza la justicia, dando á cada cual conforme á su capacidad, y á toda capacidad segun sus obras. Parten esas leyes de que Dios, ó lo que Dios llaman algunos, no puede ménos de haber establecido sobre el planeta una total armonía de intereses, adecuada á su absoluta justicia, dando naturalmente por sentado, pues de otro modo careceria de sentido semejante doctrina, que no hay más mundo que éste, ni más justicia para el hombre que la que se busque en la vida mortal. Ni es el optimismo, de ese punto de vista, exclusivamente propio de ciertos economistas: todos cuantos al cristianismo desdennan, son necesariamente optimistas tambien; porque, considerando al mundo como objeto absoluto, tienen que imaginarlo perfecto en sí, y estropeado por las instituciones humanas. Tal fué la osada hipótesis de Rousseau: tal es la tésis, que disimuladamente desarrolla Bastiat, en su áspera crítica del Estado y de las más de las instituciones históricas.

Bien que la idea matriz de la armonía de los intereses, sea sencilla, conciliadora, consoladora, práctica, y hasta religiosa, como Bastiat enseña, una cosa no puede negar, sin embargo, el optimismo más ciego, que es la existencia del mal. «Puesto que el hombre es libre (dice al confesarlo el maestro), puede escoger; y si escoge puede engañarse; y si se engaña puede padecer» (1). Pero la verdad es, en tanto, que libres y todo como somos, nadie escoge de an-

---

(1) Bastiat.—*Harmonies économiques*. P. 12.—Bruxellès, 1850.

temano las facultades físicas é intelectuales con que nace; nadie, sus padres, que, según la condición que tengan, le han de dar luego mucha instrucción, ó no darle la instrucción más mínima. Y, sin embargo, al fijar las justas leyes de la distribución de la riqueza, cuentan los economistas con estas dos desigualdades, existentes siempre entre los hombres: la una, establecida por la naturaleza misma, otorgando más capacidad á éstos que á aquellos para el trabajo; la otra, por el acaso del nacimiento, que tan diferente entre estos y aquellos hace también la capacidad adquirida. Sabido es á todo esto, que la naturaleza, amiga de compensaciones, suele sustituir con personal valentía, y fuerza bruta en unos, la capacidad especial para el trabajo, que en otros escasea; y, tratándose de dones naturales, falta razón concluyente para estimar, á tal ó cual en mayor precio, prefiriendo, por ejemplo, la destreza á la energía. Vemos, al contrario, que, en su primitivo estado, ó cuando más se deja gobernar por la madre naturaleza, los dones nativos que prefiere, y hace valer el hombre, no son los de la capacidad precisamente, sino el valor y la robustez física. No establece, por tanto, la desigualdad natural de las capacidades, un principio de justicia distributiva evidente y sin dificultad admitido por todos, antes bien, entre esa desigualdad y otra no menos nativa que es la de la fuerza, percíbese una lucha originaria y constante, en que no ha solido llevar la última la parte peor, desde los de Cain hasta nuestros días. Pues todavía, señores; todavía, si la capacidad natural constituyese, que no constituye, un derecho reconocido unánimemente, permanecería muy empeñada la contienda, pues quedaba por resolver el segundo punto, el punto complicadísimo de la capacidad

adquirida. Que supuesto que origina ella tambien mayor derecho á la riqueza, ¿no parece, á primera vista razonable, que esté su adquisicion á igual distancia de todos? Así es que el principio de la capacidad adquirida, constituido en norma de la distribucion justa de la riqueza, como por la mano lleva hoy á los economistas, á admitir, mal de su grado, el derecho á la instruccion gratuita; pues de otra suerte, ¿qué justicia absoluta habria de haber en la fórmula célebre, de dar á cada cual conforme á su capacidad, y á toda capacidad segun sus obras?

Y obsérvese ahora, señores, que por íntegra y gratuita que la instruccion hagamos, lo que es en tanto que haya propiedad y herencia, como la economía política quiere, y de consiguiente ricos y pobres, nunca será igual la instruccion, ni por tanto la capacidad adquirida. Desconfiando hasta de los padres mismos, el celo veheméntísimo de los partidarios de la instruccion gratuita, propenden tambien á hacerla obligatoria, con obligacion tamaño, que tras sí lleve sancion penal. Pero si ya que no rigurosamente debido, cuando ménos es loable y lícito dejarse morir de miseria, siempre que la escasez de capacidad natural ó la falta temporal del trabajo, nieguen lo necesario á la vida, ¿por qué no ha de serlo el vivir ignorante? Allá en el hogar pobre, donde ni el fuego arde en las húmedas noches de invierno, ni apenas se gozan otros abrigos que el del techo y el suelo frio, ¿cuál será el publicista bastante elocuente para persuadir á una madre, de que si bien posee su hijo absoluto derecho á que le enseñen á leer, ninguno tiene al calor, ni al lecho, ni áun al suficiente alimento? El Estado, el derecho que él constituye, la ley, en suma, segun los más sanos y más

consecuentes economistas, ni deben crear la beneficencia pública, ni intervenir jamás en la privada, por ser cosas éstas á que la sociedad no puede atender oportunamente, sino por medio del libre desarrollo de sus universales fuerzas productivas, y de todas sus facultades morales (1). Por exacta y fundada que esta opinion sea, fijaos, señores, en el caso particular que he apuntado. Ver llegar un hijo á su fin, no rápidamente, tal vez, mas sí al paso, ni inseguro ni tardo de la miseria, ¿puede ser cosa debida bajo una legislacion que, si él, por acaso, vive, ha de forzarle á que lea y escriba el alfabeto de su patria, sin otro efecto probable, que duplicar su ignorancia, dándole á entrever imperfecta y vagamente las ideas? Tales son, señores, las gravísimas consideraciones á que, humanamente juzgando, se prestan las leyes económicas sobre la distribucion de los productos; y no otras son, que las ya enunciadas, las espantables preguntas que sin cesar hace el proletariado inquieto de nuestra época. Todo el socialismo contemporáneo, con su negrísima historia y sus futuras y latentes amenazas, suele estar contenido en las respuestas que indeliberadamente dan á esas preguntas muchos y muchos hombres de ciencia.

Comun en los últimos es acusar á los proletarios de marchar ciegamente hácia lo desconocido; pero no es ménos frecuente por cierto, que, sin repararlo, ellos caminen hácia lo desconocido tambien. Sin riesgo se puede afirmar, que toda industrial reforma que no arranque de las desigualdades individuales, pretendiendo poner en

---

(1) Véase entre otros textos el artículo del *Diccionario de la Economía política* de Coquelin y Guillaumin, que firma M. de Cherbuliez, publicista y economista muy distinguido.

equilibrio las diversas condiciones de los hombres, es falsa, y tiene por eso mucha razon la economía política, cuando por primer principio de distribucion asienta la providencial desigualdad con que se nace. Pero si todo hecho por ser natural constituyese un derecho perfecto, ¿cómo declarar ilegítima la eterna lucha que contra la nativa ventaja de la capacidad sustenta la ventaja igualmente nativa de la fuerza bruta? Por otro lado, señores, tampoco falta razon á la economía política, para señalar por segunda base de distribucion, la capacidad adquirida; mas si esto obliga á reconocer como derecho la instruccion gratuita y obligatoria, el socialismo entero, quedará reconocido de un golpe. No basta, pues, con que ciertas premisas parezcan ó sean ciertas: preciso es prever tambien hasta dónde alcanzan sus consecuencias inevitables.

Verdad será, señores, (y cítole por nuevo ejemplo de las dificultades que la economía política encuentra para resolver por sí sola las cuestiones sociales); verdad será, repito, que la libre concurrencia tiende á establecer á la larga una completa armonía entre los intereses del capital y los del trabajo; pero en el entretanto, ¿qué tiene que ver la suerte de cada capitalista de por sí, con la del capital, mirado en conjunto? Al trabajador que, sin culpa suya, sucumbe, no bien la mercancía llamada trabajo, ó brazos, está sobrante, si ya no es que emigra, dejando tras sí tantas cosas queridas, ¿hasta qué punto le compensa de sus dolores presentes la armonía venidera del capital y el trabajo, que el hombre de ciencia marca friamente en los horizontes inconmensurables del espacio y el tiempo? Y aunque la especie humana, poéticamente personificada, erigida hipotéticamente en individuo y en una inmensa persona,

esté muy bien hallada con el moderno industrialismo, que levanta la cabeza capitalista hasta las nubes, y hunde los piés proletarios en insondables abismos, ¿cabe, señores, que por sólo eso se reputen tambien dichosas las personas, de carne y hueso, á quiénes toca servir de ocultos ó manifiestos linderos, entre la posibilidad y la imposibilidad de vivir, fijadas por las líneas paralelas y evidentemente desiguales, que en su progresiva marcha siguen las subsistencias y los nacimientos?

Porque bien que no falte tal ó cual economista, como Carey ó el conde de Cavour, que en gran parte contradiga la doctrina de Malthus, despreciando los futuros peligros del pauperismo; ¡quién ha de negar ya, por lo ménos, que únicamente á la miseria, con su latente eficacia, sus prohibiciones crueles ó la emigracion que promueve, le es dado mantener algun tanto el equilibrio entre la produccion y el consumo, en las naciones viejas, y ya por completo explotadas! Lo que dije con otra ocasion, quiero repetirlo ahora, pues viene á cuento: por cada pan que en el mundo se amasa nacen dos personas, si no más, la una para consumirlo, la otra con la esperanza de que le alcance de él alguna parte. ¡Y pensar, señores, que esas leyes tan ciertas y tan inflexibles, como que son matemáticas, de la demanda y el precio, de la produccion y del consumo, han de realizarse en séres sensibles, inteligentes, dotados de voluntad y libre albedrío, los cuales no han de dejarse aplastar por ninguna fuerza ciega, aunque sea irresistible, sin protestar ruidosa y tenazmente, estimulados por la independenciam del espíritu, que se está sintiendo en ellos superior á todo lo material, hasta el punto y hora en que sucumben, sin legar otra cosa al sepulcro que

los átomos que les sirven de comunicacion con la tierra!

Pues la verdad es, por otra parte, que, ni áun dejadas á un lado la miseria y la pura necesidad material, habrian de callar la emulacion, la codicia, la envidia entre los hombres, ante la abstracta consideracion de que el bien de la personificada especie exige, que unos sean favorecidos, y desfavorecidos otros desde la cuna, tocando muchísima menor parte á unos que á otros en el breve festin de la vida. Que bien mirado, el socialismo procede todavía más que del hambre que postra, de la envidia que excita y encoleriza.

Y cúpleme ya decir, señores, que con ser tan árduo convencer á los hombres de que deben resignarse con su suerte, si no es buena, ni áun siéndolo muchas veces, fuerza será que al fin y al cabo se contenten con la que alcanzan hoy, á poco más ó ménos, los proletarios, los miserables, los desfavorecidos, los que al mundo vinieron más escasos en capacidad que en fuerza bruta. De lo contrario, la propia causa que destruyó en realidad las repúblicas griegas, y trajo sobre Roma tan oscuros días, ha de obligarnos á ondular ya en adelante sin reposo alguno de la barbarie al cesarismo vil. Y ni el antagonismo feudal, sostenido, de valiente á valiente, y de castillo roquero á castillo roquero; ni el antagonismo monárquico de familia á familia soberana, y hasta de deudo á deudo sustentado; ni el antagonismo de las naciones ejercitado sangrientamente entre ambas vertientes de los Pirineos, ó las opuestas riberas del Rhin, ó las diversas costas mediterráneas y oceánicas; ni el antagonismo religioso, que tantas lágrimas costó á nuestros antepasados; ni el antagonismo político, que todavía presenciarnos, de la antigua soberanía, religiosa, tra-

dicional, heredada, bajo la cual hemos nacido, con la del titulado derecho moderno; ningun antagonismo, en suma, habrá sido hasta aquí tan funesto al hombre, cuanto tiene á la larga que serlo, si no lo remedia Dios, este que describiendo ahora voy entre las diversas clases sociales. ¡Gran burla del destino, por cierto, haber aparecido, como nunca antagonismo tal en un siglo que, no contento con la libertad y la igualdad, habia escrito tambien la fraternidad por lema en sus banderas!

### III.

Es, señores, patente que hay aquí tésis y antítesis; y, por fortuna, no falta síntesis que las abrace. Pero la síntesis esa, no pertenece á la economía política, en particular, ni en general á la sociología, ni procede de la razon humana únicamente. Nada sólido opone, ni por sí sola opondrá nunca la economía política al proletarismo inquieto y rebelde, á ménos que no reniegue de sus propios axiomas, cayendo precisamente en los errores de que huye, como lo indican ya las consecuencias lógicas que traeria consigo el derecho á la instruccion gratuita. Notable prueba ofrecen de ello ciertos escritores, y señaladamente el conde de Cavour, dando por absolutamente necesario á la economía política el principio de la caridad legal, con el fin de que ningun hombre esté expuesto á sucumbir á la extrema miseria (1); que esto, segun declaran los más y los mejores economistas, equi-

(1) *Considerazioni economiche sui problemi sociali messi in campo nella rivoluzioni del 48.*—Cuneo, 1855.

valdria á reconocer un derecho exigible á la asistencia, y es puro, purísimo socialismo. Prueba perenne, y mucho mayor de eso mismo presenta cada dia la nacion economista por excelencia, Inglaterra, reconociendo en su ley de pobres que tiene obligacion la sociedad de mantener á sus miembros indigentes (1); lo cual rigurosamente exigido y cumplido, bastaria á destruir todo el actual sistema económico, constituyendo el socialismo de hecho. Y es, señores, que digan cuanto quieran los economistas estrechos y ciegamente apegados á sus pretenciosas fórmulas, entre la ley matemática que gobierna las cosas, y la ley moral que rige al hombre, hace siempre falta otra ley que obre á modo de constante mediadora; ley equitativa, flexible, vária en sus resoluciones, y hasta inconsecuente, cuando fuere preciso, que concierte el humano espíritu contradictorio y libre, con la eterna unidad y uniformidad del régimen fatal de la materia. Si esta ley no se llama caridad cristiana, hay que llamarla caridad legal; donde Dios no la haga observar, harála observar el poder, llámese éste Imperio ó Commune de Paris; y los ingresos de su presupuesto tendrá que buscarlos con apremios duros el cobrador de contribuciones, cuando no los acumule espontáneamente el amor de Dios en los cepillos de los templos, ó á porfía los ofrezca la penitencia.

No sin exactitud pudiera el orden social compararse ahora á una medalla con el cristianismo en el anverso y en el reverso el socialismo; y hay que escoger entre sus dos caras, forzosamente. Lo que los políticos y los eco-

---

(1) Véase sobre la ley de pobres y sus reformas y efectos la sexta leccion de la obra de Miguel Chevalier, intitulada: *Cours d'Economie politique*.

nomistas incrédulos están haciendo al presente, es desmontar á toda prisa una máquina, tan complicada y sutil, que aunque hasta aquí no marchase con regularidad perfecta, ni saben ni sabrán nunca reconstruir, siquiera como estaba; al modo que neciamente destruyen los niños el reloj que cae en sus manos. Salta ya, á los ojos de todos, que las leyes económicas, hasta aquí descubiertas en la magnífica civilización europea, dependían en su íntimo y esencial artificio de una especie de rueda catalina, que era la doctrina cristiana; y cuanto orden práctico y moral nos queda aún, al influjo de esa doctrina se debe, bien que sea su influjo en muchos, y acaso en los más, inconsciente. Y en vano gritará desahogado cualquier publicista democrático, como el francés Tissot, y va de ejemplo, que «*el derecho al trabajo*», consiste sólo en la facultad civil ó jurídica de todo individuo, á aplicar sus fuerzas ó su inteligencia, ya sobre una materia propia para acrecentarla, ó hacérsela útil, ya sobre una materia ajena, que, mediante cierta retribución, debe explotar, á gusto de su propietario legítimo» (1). Por poco que les sea ya posible creer á los trabajadores, como el autor de tal definición nos dice, en el origen religioso de la moral, ménos han de tomar ya por artículo de fe que sobre ninguna primera materia exista propiedad legítima; y ménos entenderán seguramente por *derecho al trabajo* lo que él entiende. Sin la fe religiosa, en resúmen, y aunque á primera vista no lo parezca, toda noción de justicia llegaría á ser incompatible, según se está ya viendo con las leyes ciertas de la economía política.

---

(1) Tissot.—*Principes du Droit Public*.—Première partie.—Paris, 1872, libro 2.º—*Des gouvernements et des gouvernés*.

## IV.

Muy inútilmente, señores, pretenden algunos de los publicistas democráticos, y no pocos de los economistas armonizadores, sus hermanos, reemplazar el culto á Dios, en las masas populares, con el fantástico concepto de humanidad que en gran parte informa al presente las ciencias morales y políticas. Nunca suplirá un Dios-humanidad ó un Dios-Estado, las antiguas y sublimes funciones del Dios del cristianismo. Y asómbrame, á la verdad, que un concepto semejante, sea prohijado por economistas precitados de individualistas, así como por inteligentes y sinceros mantenedores de la civilizacion cristiana. Pero el hecho es patente, y yo pregunto, ¿qué especie de ente es ese de que ya unos, ya otros, con tan aparente certidumbre nos hablan? ¿Dónde está, quién le ha visto ó le conoce? Suponiendo que tenga sér propio, ¿cuál es su parentesco con cada individuo de por sí y hasta qué punto tienen obligacion estos individuos mismos de interesarse por su suerte? ¿Se funda en algun principio científicamente indagado y demostrado, el deber de preferir al bien propio el bien de ese otro sér allegadizo y vago? ¿Qué plausible razon hay para que se satisfagan los apetitos individuales con los goces colectivos, y para que no rehuse nadie tener por compensacion justa de su propia miseria, el espectáculo deslumbrador de las riquezas inmensas que atesora la titulada humanidad en nuestro siglo?

No sé si los sabios que reducen la economía política, á simple rama de las ciencias naturales, y, en especial de la

zoología, piensan tener respuestas ó soluciones concluyentes á tamañas dudas. Para mí no las tienen; que yo soy, señores, de los que opinan, que eso que por medio de un neologismo, llamamos humanidad actualmente, no es sino pura abstracción metafísica en cierta acepción, y en otra, aquel depósito inmenso, acumulado por la historia, donde, por legítima herencia, recoge el trabajo material, intelectual y moral de las generaciones muertas la generación que vive. Quizá nos alcance á todos alguna culpa en que tanto se extienda y vulgarice este tal concepto de humanidad que impugno, porque ¿quién no ha usado semejante voz muchas veces con intención meramente retórica, significando algo distinto de cada hombre en particular, y de todos los hombres? Pero nadie favorece á mi juicio este error como los escritores alemanes de derecho público, que suelen intitular sus libros Física ó Fisiología del Estado. Para algunos de tales autores, semejante error es sistemático; y al considerar al Estado no, según es, como un proceso de ideas morales, sino como un verdadero proceso fisiológico, iniciado é impulsado por leyes naturales y mecánicas, voluntariamente destruyen la más excelente parte de la teoría del Estado, que es la ética. Para otros muchos es inadvertido error este, porque aprovechan el tecnicismo alemán, sin sospechar su alcance. Y como Estado vale lo mismo que humanidad, determinada local y parcialmente, la teoría alemana, y el tecnicismo alemán sobre la dicha ciencia del Estado, sugieren en otras partes la falsa idea de que es posible hallar leyes matemáticas para las humanas voluntades, y que ellas obedezcan fielmente, ni más ni ménos, que, siguen sin murmurar los cuerpos orgánicos é inorgánicos las de la fi-

siología, la física, y la química. En Alemania, donde tantas de esas Fisiologías ó Físicas del Estado se escriben, no han tardado en deducirse de ello gravísimas consecuencias prácticas. El Dios-Estado, el Estado representante de la humanidad pura, realizacion y glorificacion suprema de su espíritu, ha surgido allí del concepto de humanidad, como las uvas de Noé de los verdes pámpanos; y ninguna idolatría, ninguna herejía, ninguna rebelion, ni áun la del materialismo más cínico, parece ya tan peligrosa cual esta nueva á los que, desde un punto de vista cristiano, observan el presente estado de la raza germánica (1). En estas otras partes de Europa, donde el Estado no se halla tan ámplia, ni tan sólida, ni tan gloriosamente representado, en verdad, como lo está por el reciente imperio de los antiguos grandes maestros teutónicos, no hay que temer idolatría semejante; pero el principio de rebelion es por acá idéntico, y áun presenta caracteres mucho más peligrosos, por ser su expresion constante y propia la anarquía. Para mí, de tal teoría y de tal tecnicismo, toda realidad está ausente. Fuera del hombre, positivamente existen una verdad y una necesidad objetivas, que el idealismo ha negado en balde; y esta verdad, y esta necesidad objetiva, están principalmente representadas en el mundo moral por el Estado. Pero eso no constituye más que uno de los polos del mundo moral; el otro es la voluntad libre y consciente, que dentro del hombre reside. No hay anfiteatros, ni laboratorios, ni siquiera cárcel segura sobre el planeta, donde ni física, ni fisiológicamente

---

(1) Véase el importante aunque breve libro del Obispo de Maguncia Ketteler, traducido al francés con este titulo: *L'Allemagne après la guerre de 1866*.—Paris, 1867.

quepa el impalpable y misterioso sér de las voluntades humanas; y no siendo, como ellas no son homogéneas, tampoco es posible formar con ellas verdaderas sumas. La humanidad no es, pues, suma aritmética siquiera; sino una mera agregacion de individuos libres, como libres, heterogéneos, y sin duda alguna regidos por sobrehumanas causas, sin las cuales nada se explica en la práctica, ni se organiza en la ciencia.

No haya la menor esperanza, por tanto, de que ese concepto de humanidad, que hasta en las flacas manos del sentido comun se hace polvo instantáneamente, llegue á dar á los economistas, por más que se afanen, lo que les hace hoy falta, para impedir que los sepulte el socialismo en sus olas inmensas y amargas, al modo que suele anegar el Océano las barcas frágiles de los imprudentes pescadores. Y donde no alcanza la ciencia, claro está que han de quedarse muy cortos los remedios empíricos. Cuanto vemos y tocamos por eso mismo nos dice á voces, que las desmedidas aspiraciones optimistas que todo ateísmo y todo materialismo, naturalista, positivista ó panteista engendra, así en la sociedad como en la ciencia, no son de ménos imposible satisfaccion, que lo fueran, la de hacer eterna esta mísera vida, ó la de sustraerla al dolor. Y tal es el motivo, señores, tal es el motivo de que á todos, sin excepcion, nos parezca hoy dia superficial y para poco, cuanto en la práctica les sugiere á publicistas y economistas, su vivo deseo de tranquilizar al proletarismo actual, tan pronto descristianizado como enloquecido.

## V.

Oyendo atentamente á las personas elocuentes é ilustradas que á las veces intentan resolver los problemas sociales contemporáneos, ¿no os há por acaso maravillado, tal y como me ha maravillado á mí, señores, la poca eficacia de sus soluciones, bien y prácticamente examinadas? Pues no es culpa, nó, de los que las buscan; es que no caben en la esfera donde exclusivamente giran sus doctrinas. Hay que hacer algo, nos han dicho ya muchas veces: hay que buscar una transaccion legislativa entre el capital y el trabajo, el proletarismo y la propiedad de la tierra; pero en realidad no es algo, sino casi nada en comparacion de lo que se solicita cuanto hasta aquí nos han propuesto.

Las sociedades cooperativas, por ejemplo, de que tanto se habla, son harto ménos eficaces que muchos piensan, entre otras razones más obvias, porque esa combinacion artificial desaprovecha los felices efectos de la division del trabajo, natural y sucesivamente realizada por el comercio y la industria; y pone en directo contacto al productor con el consumidor, ó al consumidor con el productor, omitiendo así clases intermedias, que no sólo tienen ya adquirido, sino aún heredado cierto género de capacidad especial para dirigir empresas de produccion ó de consumo, que es lo que tales sociedades son en sustancia. No digo yo que ellas sean inútiles con todo eso, porque no ignoro ciertamente los grandes provechos por algunas acumulados, y aunque suele ser esto debido á circunstancias que no pue-

den concurrir en todos los casos, lo cierto es, que pocas ó muchas, las sociedades de tal naturaleza que prosperen, han de prestar siempre algun servicio, muy diferente, por cierto, del que por lo comun se imagina. Los más honrados y más hábiles de los trabajadores, que serán los que logren entenderse y marchar juntos, y administrar bien el capital que lentamente vayan formando, sin necesitar de intermediarios comerciales ni industriales, constituirán nuevas personas jurídicas, responsables, propietarias, naturales aliadas, por lo mismo, de la propiedad particular, asociada ó aislada que ya existe. Pero no hay que dudarlo, señores: despues de apartados así del interés general de los trabajadores, los mejores de entre ellos, todavía quedará por debajo el mayor número, que á la manera de la vil plebe de los pueblos antiguos, se compondrá de esclavos de su incapacidad natural ó de su invencible ignorancia, tanto como de sus propios vicios y de su pereza; turba inculta que seria injusto decir que deba solamente á sí misma su inferioridad y su miseria, y siempre sobrada en número para continuar amenazando con pretextos plausibles el orden social.

Ménos que en las sociedades cooperativas confio yo todavía en el *Patronazgo voluntario* propuesto como antídoto del pauperismo por el francés Le Play (1), con ser este autor juiciosísimo. Semejante patronazgo es un verdadero sueño para estos dias revueltos; dado que supone moralidad extrema en las clases directoras y dirigidas, y una limitacion continúa del egoismo por el sentimiento del deber. De advertir es, no obstante, por des-

(1) Le Play.—*La Réforme sociale en France, etc.* Tomo II, página 412.—Paris, 1867.

cargo de este escritor, en lo paciente alemán, inglés en lo práctico, y libre de los ordinarios defectos de sus compatriotas, que él tiene la restauración de las creencias por cimiento indispensable de toda reforma social, afirmando altamente, después de haber visitado no escasa parte del mundo culto y dedicar largos años de estudio asiduo á las cuestiones sociales, que el bienestar y el progreso están donde quiera en proporción exactísima con el sentimiento religioso, para lo cual le sirven de ejemplos Inglaterra, los Estados Unidos y la Rusia misma (1). Prosiguiendo Le Play sus estudios, y entrando ya á analizar concretamente el industrialismo moderno, ha pensado hallar más tarde la anhelada armonía del capital y el trabajo en la realización de seis buenas prácticas ó condiciones, que son éstas: fijeza y larga duración de los contratos entre fabricantes y obreros; acuerdo común por lo que hace al salario; mezcla ó alianza de los trabajos del taller con los domésticos, ya industriales, ya rurales; hábitos de economía; indisoluble unión de la familia en el hogar; y por último, respeto y protección á las mujeres (2): fiando la realización de todo, por supuesto, no al influjo de las buenas doctrinas económicas, sino al del Decálogo. Pero si únicamente al referido influjo de las buenas doctrinas económicas, fiase la realización de tales condiciones ¿no sería otro sueño como el del *patronazgo* esperarla? ¿Ni qué eficacia por sí solas tendrían, aunque se cumpliesen en tal ó cual caso aislado, todas seis condiciones antedichas para resol-

(1) Le Play.—*La Réforme sociale en France, etc.* Tomo I, página 115.—Paris, 1867.

(2) Le Play.—*L'organisation du travail, selon la coutume des ateliers et la loi du Decalogue.*—Tours, 1870.

ver en su universalidad las cuestiones pavorosas de que se trata?

Otro tanto me resta decir de los demás proyectos de reforma, dados modernamente á luz por los escritores especiales de estas materias. No ha dejado de infundir esperanzas alegres, la sociedad en participacion, por el conde de Paris recomendada en su curioso estudio de las clases trabajadoras de Inglaterra (1); pero, sobre no carecer de inconvenientes prácticos, segun ha hecho ver M. Leroy Beaulieu recientemente (2), tanto esta supuesta participacion de los trabajadores en la utilidad líquida, como el sistema de primas, que M. Leroy prefiere, ante todo exigen la desaparicion del antagonismo actual, que es precisamente, lo que se trata de demostrar, como dicen los geómetras. No es propio de la economía política, ni de ninguna ciencia que se contente con las cosas de este mundo, el pretender que la ciega lucha, no ya sólo por la vida, si no más aún por los placeres á que asistimos hoy, espontáneamente se convierta en esa fraternidad utópica, que ni el más vivo sentimiento religioso basta á producir, cuanto más el progreso universal de las luces, que, lo que por el mundo propagando va, no es sino el culto de la humanidad abstracta, ó de la materia, y la destruccion consiguiente de todo lo espiritual y lo moral.

Más poderosos que los publicistas y economistas, los Gobiernos, algo hacen y piensan hacer actualmente en favor de las clases menesterosas; pero no lo que necesitan ellas cuando prescinden de Dios para vivir quietas. Los

(1) M. le Comte de Paris.—*Les associations ouvrières en Angleterre*.—Paris, 1869.

(2) *La question ouvrière au XIX siècle*.—Pág. 227.—Paris, 1872.

consejos por lo ménos no les faltan á los Gobiernos en esta materia. Limítanse modestamente algunos á proponerles la institucion de Juntas permanentes que inquieran el estado y las necesidades de las clases trabajadoras, así como los adelantos industriales y los procedimientos económicos, capaces de mejorar su suerte; dando publicidad á todo ello para que todo se vaya aprovechando oportunamente. Otros quieren que los Gobiernos mismos protejan la organizacion de los trabajadores, en nuevos gremios, para hacerles á un tiempo disciplinados é independientes. Otros recomiendan la creacion de jurados más altos, y de más extensas atribuciones, que los destinados á dirimir las cuestiones prácticas y concretas que frecuentemente sobrevienen entre fabricantes y trabajadores; jurados constituidos con los ricos, y los sabios, y los expertos en todo género de negocios, para dirigir la accion general del trabajo, haciéndose voluntaria y gratuitamente, preceptores y consejeros de las clases infortunadas é ignorantes. Alguno de los nuevos arbitristas, como M. Tissot, propone en fin, todo un sistema de relaciones del Gobierno con el proletariado, reducido, en suma, á estos términos: facilitar las asociaciones de socorros mútuos entre los trabajadores; buscar á sus economías colocaciones ventajosas; poner á su alcance el crédito con mejores condiciones que los Montes de Piedad, ya anticuados; establecer oficinas que faciliten el empleo de todo trabajador, mientras no falte trabajo; acortar legislativamente las horas de fatiga; difundir la enseñanza de la economía política y de la moral independiente (1).

---

(1) Tissot.—Obra citada.—Lib. 2.º y 5.º—*Ce que l'État peut faire encore dans l'intérêt des proletaires.*

Eso y más, mucho más debe intentarse en favor de las clases menesterosas sin duda; pero, despues de hecho, ni el espíritu de los trabajadores, ni el malestar social habrán de mejorar sensiblemente. Si encerrasen tales promesas la última palabra de la clase media, que todavía suele constituir hoy los Gobiernos, no tendria el proletariado incrédulo que taparse las orejas con cera, para esquivar sus seducciones; porque ni con eso, ni con mucho más se contenta al presente. Harto más lisonjero que los anteriores, es el proyecto de establecer cuarteles de trabajadores inválidos, y casas de asistencia para todas las desgracias inmerecidas, que es lo propuesto por M. Tissot últimamente (1); pero, aun suponiendo que se satisficiesen ya con esto las pasiones igualitarias y envidiosas que estimulan sin cesar años hace tantos malvados ó ilusos, ¿no fuera eso encaminarse rectamente al derecho á la existencia, que es en suma el derecho al trabajo? Esto es, por tanto, excesivo ya; mas sin embargo, no basta.

Y es, señores, que lo que, en conclusion, necesita añadir la economía política al conjunto y sistema de sus leyes, no es sino esto que sigue, á saber: la teoría de la imperfeccion de la vida terrena, unida al dogma de la inmortalidad que promete la perfeccion, instintivamente apetecida, en otra vida mejor; y la sublime doctrina de las compensaciones merecidas á que pueden aspirar los pobres allá en los cielos; y la santificacion de la pobreza misma, del dolor, hasta de la muerte; y la caridad cristiana ó religiosa, sólo agente á propósito para mediar entre ricos y

(1) Tissot.—Obra citada.—Lib. 2.º y 5.º.—*Ce que l'État peut faire encore dans l'intérêt des proletaires.*

pobres, suavizando los choques asperísimos, que por fuerza ha de ocasionar entre capitalistas y trabajadores el régimen de la libre concurrencia; y la resignacion ó contentamiento con la propia suerte, buena ó mala, único lazo que mantiene en haz las heterogéneas condiciones individuales; y, por último, el respeto á Dios, al padre, á la mujer, en que esencialmente consiste la fecunda civilizacion fundada por el Decálogo y los Evangelios.

## VI.

Pensad, señores, que fuera de esa civilizacion tan minada ahora, no ha habido para el eterno antagonismo entre ricos y pobres más que una solucion sola en la historia, que es la esclavitud pagana, como ha demostrado fácilmente el P. Curci en un folleto reciente (1). Á Schopenhauer, que no era cristiano, la lógica le llevaba á afirmar que esclavitud y proletariado eran formas ó más bien denominaciones de una cosa misma (2). Y algo hay de verdad, aunque no sea de todo punto exacto, en que bajo una forma ú otra, de hecho surge y existe la esclavitud, no bien el cristianismo se aleja. Parece el capitalista un verdadero amo entónces, y el trabajador un siervo; y las huelgas sistemáticas é infundadas, y las frecuentes conspiraciones comunistas, reproducen al vivo la antigua guerra social. Para que no quedase sombra de esclavitud, allí donde la idea de Dios está ya ausente, seria preciso

(1) C. M. Curci.—*Sopra l'Internationale—Nuova forma del vecchio dissidio tra i ricchi ed i poveri*, p. 41.—Florencia, 1872.

(2) *Jurisprudence et Politique. Extrait des œuvres d'Arthur Schopenhauer*, par A. de Balche, p. 44.—Odessa, 1870.

abrirles á los nuevos Espartacos las puertas de las nuevas metrópolis, republicanas ó imperiales. Y si nada ó tan poco de eso acontece todavía, es porque los más de los capitalistas, y los más de los trabajadores, hijos ó discípulos son aún del cristianismo, aunque no siempre parezcan cristianos. Sobrevive á todas las negaciones contemporáneas el salvador espíritu de los Evangelios; y, ¿hay quien acierte á calcular con exactitud, desde ahora, lo que seria de la civilizacion y del linaje humano, si á éste le quedase algun dia, por culto único, el culto de la humanidad endiosada?

Por demás pienso haber demostrado ya que el concepto de humanidad, de donde aquel falso culto toma origen, ántes empeora, que remedia, ni alivia las inquietudes sociales. No quiero, señores, que quede tampoco sin demostrar suficientemente, porque importa mucho, á mi juicio, que la razon de ello es lo mal que el tal concepto se aviene con el espíritu del cristianismo, sobre el que está edificado todo este robusto sistema social, que por dicha nos ampara todavía. En vano buscariais el concepto de humanidad, que comunmente hoy se profesa, en ninguno de los cuatro Evangelios. Lo que, por el contrario, vereis en ellos, es que cada oveja descarriada merece tantos cuidados, quanto el rebaño entero al Divino Pastor. Lo que aprendereis allí es que la suprema ley del hombre consiste en amar al prójimo, es decir, á cada uno y al menor de los hombres, como á sí mismo.

Sin duda alguna que la providencia del Dios de los cristianos, que á ningun hombre abandona en particular, no ha de abandonarlos en conjunto y formando sociedad ó Estado; y más cuando la práctica de muchas de las virtudes y la ordinaria aplicacion de las leyes evangélicas, su-

pone reunidos á los hombres y viviendo mezclados unos con otros, en familias, pueblos y naciones. Al estado de sociedad es al que precisamente convienen y se ajustan los más altos y dulces de los preceptos de Jesus, en el admirable sermón de la montaña; como aquel, por ejemplo, de amar á nuestros enemigos, y hacer bien hasta á los que nos aborrecen; y aquel otro de ennoblecer con el secreto la limosna: la limosna, señores, que, quiérase ó nó hoy en día, será siempre la clave de todo sistema economista sólidamente construido, y el vínculo más estrecho y seguro entre las diferentes clases sociales. Parten, pues, los Evangelios del hecho, siempre clarísimo, aunque algo oscurecido á las veces por los sofismas científicos, de ser el hombre inseparable de la sociedad; formando ella como la propia atmósfera de su voluntad y de su inteligencia, donde únicamente puede él respirar, y cumplir su destino terrestre: atento que ni aun el estado monástico se concibe fuera del orden social. Parten también, como inmediata consecuencia de aquel hecho primordial, de que cada hombre tiene, no ya sólo derecho, sino hasta obligación precisa de contribuir por su parte á que el tal estado de sociedad se conserve, y exista de modo, que sirva y baste á los fines para los cuales se necesita. *Al César lo que es del César*, eso quiere decir, y no más; y cúmplase bien tal precepto, dando al orden social, ó á quien lo represente, y esté legítimamente encargado de mantenerlo, todo cuanto indispensable sea para que no perezca, y no falte lugar propio al hombre donde practicar sin perjuicio ajeno la ley de Dios.

Pero con esto y todo, es lo cierto, señores, que el Dios de los Evangelios, encarnado en un hombre, al



hombre sólo se dirige, tomándole por verdadera unidad y objeto bastante para merecer su venida al mundo, sus predicaciones, su pasión. Respecto á organización y modo de ser de la sociedad civil, fuerza es convenir en que se mostró soberanamente desdeñoso Jesucristo. Bastábale que esta sociedad existiese de cualquier modo, con tal que existiera y pudiese vivir en ella el hombre con arreglo á su ley interior; mirándola, sin duda, como una de tantas condiciones externas necesarias para la vida terrenal, y si se quiere, por la mayor de todas, más establecida en provecho del hombre exclusivamente. Los hombres juntos, como de por sí cada hombre, tienen á la verdad que cumplir legítimos y altos fines sobre la tierra, en la doctrina evangélica, la cual admite, según demostró San Agustín cumplidamente, que, sin perjuicio del libre albedrío, conduce la Providencia divina al total de las almas por el quebrado camino de los siglos. Pero habiendo esto de ser sin perjuicio del libre albedrío, claro está que cada hombre conserva en la historia su responsabilidad peculiar, y cada cual merece tanto respeto en sí, como todos juntos, según los preceptos de la divina justicia. Es, pues, profundamente individualista la doctrina evangélica, y aún los que ella reconoce como verdaderos derechos individuales, tiénelos, también, por absolutos, por ilegales, por inalienables. Lo que hay es, que no todos los que á cualesquiera legisladores les place tomar y contar por tales, pueden figurar entre los que admitía Jesucristo; y que el individualismo evangélico tiene en Dios un principio de eficaz y fecunda armonía, que en vano buscan hoy en la fantástica palabra de humanidad la política y la economía política. Al abrigo de tal principio es como

podria vivir sin riesgo en las modernas Constituciones políticas esa terrible aspiracion igualitaria, que desde 1789 las informa, ó las corroe, y aniquila todas. Al abrigo de ese principio mismo, la ley económica de la libre concurrencia pudiera continuar ejercitándose perpétuamente, sin temor al pauperismo, ni al comunismo bárbaro que la amenaza. Oid, señores, cómo tratan de economía política los Evangelios. «No os acongojeis (predicaba Jesus, segun San Mateo), no os acongojeis diciendo qué comeremos, qué beberemos, ó con qué nos cubriremos; buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.» Tales palabras no constituyen una excitacion al ascetismo, á la pereza, á vivir de la limosna, como erradamente han supuesto algunos. Dicho eso al hombre, que de boca del propio Dios tenia ya oido en el tercer capítulo del Génesis, la dura sentencia de que «con el sudor de su rostro comeria el pan, hasta que volviese á la tierra,» no significa otra cosa sino que el trabajo puede bastar al sustento, por Providencia divina, mas ha de ser con la condicion precisa de que la sociedad humana esté organizada con sujecion á la ley y á la justicia de Dios. La ley y la justicia evangélica lo preven y contienen todo, hasta los remedios aconsejados por Malthus y los economistas prudentes para impedir el crecimiento del pauperismo. Y harto sabido es, tambien, señores, que en aquella ley santa uno de los primeros artículos hace la limosna obligatoria; y que en aquella perfecta justicia, la caridad ejerce soberana jurisdiccion.

## VII.

Observaciones y textos tales, fácilmente pueden dar á cualquiera reputacion de supersticioso en los dias presentes. Lleno de sincero y desinteresado amor á la ciencia, y sintiendo verdaderamente libre mi espíritu, la nota de supersticioso no me asustará más que la de racionalista por cierto. Lo que me importa es dejar probado en esta parte, que desde apellidar quimérico, fraudulento, ilusorio y hasta irrisorio el servicio de los altares (1), como Bastiat lo titulaba, hasta profesar y practicar las bárbaras doctrinas de la *Commune* de Paris, no hay más que un paso, por más que entre lo uno y lo otro intente abrir abismos la economía política; y que, por el contrario, el cristianismo encierra en su doctrina la prevision de todo lo que hoy pasa, y cuantos remedios pueden caber en ello por los siglos de los siglos. Y puesto que de citar acabo textos evangélicos, tambien quiero examinar ahora textos profanos. Sin pensarlo, han de darme en ellos la razon socialistas y economistas; y hasta su oposicion misma ha de contribuir á demostrar que el cristianismo está en lo cierto.

Si no de tan considerable influjo en la ciencia como el inglés Darwin, ni tan profundo cual su compatriota Mollerschott, es Büchner, sin duda alguna, el más batallador, y uno de los más populares maestros del naturalismo ateo de nuestros dias. En sus obras, numerosas ya, no se ciñe á exponer ideas propias, ántes bien condensa y resume doc-

(1) En su folleto intitulado: *Propriété et spoliation*; Paris, 1850; página 55.

tamente cuanto en Inglaterra y Alemania piensa y escribe su escuela. Para Büchner, que opina que el Dios personal es una creacion imaginaria, formada á semejanza del pensamiento humano, y el Dios impersonal una quimera de la lógica, y que acusa de sobrado crédulo en Dios á su maestro Darwin, las religiones son ya inútiles, porque, á su juicio, no es el temor del Cielo el que dulcifica y ennoblece las costumbres, sino la elevacion creciente del concepto del mundo, mediante el progreso de la civilizacion (1). ¿Y cuáles son las consecuencias sociológicas que de semejante filosofía deduce? La lógica le da pronto un punto de partida, y es éste: que todo hombre al nacer tiene igual derecho al patrimonio material ó intelectual del género humano, y que la lucha que por la vida mantiene, cual otro animal cualquiera, exige que se equiparen las respectivas condiciones, á fin de que ninguno lidie con armas desiguales, aunque hayan éstas de ser las que permite la razon únicamente. Nada opone, por tanto, al comunismo Büchner, sino que el género humano no está bien preparado aún para tan perfecto estado social (2). Por lo demás, la presion ejercida sobre el trabajo por la propiedad y el capital, es siempre más dura, en su concepto, que el antiguo yugo físico, ó sea la esclavitud misma. Ni hay que pensar en que por amor de Dios se temple nada de esto ahora, ni en lo futuro se enmiende. Lo que importa es, que en vez de luchar el hombre por vivir él, luche por la vida en general, es decir, por la de la humanidad, y no por la suya propia (3). Tal debe ser el

---

(1) *L'homme selon la science*, pág. 385.

(2) *Id.*, páginas 335 y 442.

(3) *Id.*, pág. 321.

fin, y por lo que hace á los medios, ninguno tan necesario ni tan urgente, al decir de Büchner y otros sabios que cita de su escuela, como suprimir la propiedad individual de la tierra, poniéndola toda ella en manos del Estado para que la cultive científicamente, ó bien por medio de sociedades agrícolas, ó bien por medio de los ayuntamientos, ó bien por medio de los particulares, que pasarían así de propietarios á arrendadores (1). ¿Y no es, por ventura, esto la *Internacional* hecha sistema, y sistema de una ciencia que pretende ser si no la única, la fundamental de nuestros días? «Los Gobiernos de hoy,» dice Molleschott (2), uno de los más sabios apóstoles del nuevo ateísmo, «los Gobiernos de hoy viven y mueren con la gracia de Dios de una parte, y de otra el pueblo combate por sus ideas humanas.» Leed en lugar de Gobierno, Estado y Sociedad, porque ese es el sentido real de la frase, y en lugar de ideas humanas del pueblo, socialismo, y fácilmente comprendereis que el menor de los internacionalistas ó de los comunistas actuales, sabe tanto de sociología, cuanto el propio Molleschott enseña también en las anteriores palabras.

Bien se ve, pues, señores, que la Internacional, que no es ningún extraordinario fenómeno, sino una de tantas formas como tiene que tomar la cuestión del proletariado irreligioso, se ha limitado á sacar consecuencias de tales principios científicos. Sea lo que quiera de la Internacional de ahora, mientras esté esa ciencia en favor y se propague triunfante, no ha de faltar Internacional, y si no Internacional *Commune*, ó cosa tal en el porvenir. Escuchad cómo ha justificado para siempre un socialista filósofo, el espíritu que

(1) *L'homme selon la science*, pág. 415.

(2) Molleschott.—*La circulation de la vie*. Tomo I.—Paris, 1866.

hoy anima á esas infernales asociaciones. «Otras veces,» dijo Pierre Leroux tiempo hace; «otras veces habia Dios en el cielo, paraíso que ganar, infierno que temer. Habia tambien una verdadera sociedad sobre la tierra; que, bien que sirviese como ahora el hombre servia sin envilecerse. No mandaba el amo, por puro egoismo, sino que su autoridad descendia de Dios, autor de las desigualdades sociales. Amo y criado tenian una religion igual y una moral idéntica, segun las cuales servir era obedecer á Dios. Y si el criado era inferior en la sociedad civil, no acontecia otro tanto en la sociedad espiritual, que tenia por nombre Iglesia: allí eran todos iguales» (1). Eso es, señores, y no otra cosa, lo que al presente echan de ménos los proletarios, siendo singular que, cuando tanta y tanta falta les hace, parezcan ellos mismos impacientes porque no se acabe más pronto y de todo punto. «Lo primero es destruir la idea de Dios;» á cada momento exclaman los comunistas contemporáneos: porque detrás de Dios desaparecerá cuanto aborrecen ó envidian ahora, capital, propiedad, y hasta familia. Ni puede caber el remordimiento en sus ánimos, ni siquiera la sospecha de que yerran, cuando la ciencia de que se alimentan, y que buscan, porque los halaga, cifra toda su gloria en demostrar, que no hay más que esta vida; y, no habiéndola, ¿qué cosa más natural que pretender en ella todo el bien concebible, demoliendo un sistema social, que aparece como responsable único de las imperfecciones

---

(1) Trae esta cita M. Georges Gueroult en su libro *Les Théories de l'Internationale*.—Paris, 1872. Víctor Hugo en Claude Gueux escribió hácia 1834 casi idénticas palabras; pero para combatir entónces la irreligion.

humanas? La propia intuición que todos tenemos del bien, inmensamente superior al que vemos y gozamos, ayuda á extraviar las imaginaciones de los proletarios, lanzándolos en un optimismo, no ya teórico sino práctico, que con sus desengaños forzosos engendra al fin horrendos furores.

Y todo esto nace, en suma, al decir del propio Proudhon, en uno de sus lúcidos intervalos, de que es locura proceder en las cosas sociales como en la mineralogía y la química; porque, como la vida, el alma, la libertad, no son susceptibles de medida, el materialismo no puede dejar de ser absurdo en sociología (1). Otro tanto que Proudhon, aunque no tan crudamente, han proclamado ya otros economistas, que no eran, ó no son, como Bastiat era, enemigos de todo culto religioso.

Sin contar entre ellos á ninguno de los españoles, que allá en otros tiempos merecieron tal nombre, por demás es sabido, señores, cuán cristiano fuese Adam Smith, el padre de la economía política inglesa; y cuánto lo fuera también Malthus, á pesar de lo antipática que á ciertos filántropos es su doctrina. Droz en Francia se distinguió también mucho en este concepto, y del propio modo se distingue ahora Minghetti en Italia. Si las opiniones de este último, por ser contemporáneo y ex-ministro del rey de Italia, merecen ya especial atención, reclámanla doble, por haber dedicado todo un libro al exámen de las relaciones de la economía política así con la moral como con el derecho (2). Hace suyo en él Minghetti el pensamiento de Gioberti, el cual hallaba relación estrechísima

(1) Proudhon: *Théorie de la propriété*, pág. 242.—Paris, 1871.

(2) Minghetti: *Della Economia Pubblica e delle sue attinenze colla Morale e col Diritto*.—Florencia 1859.

entre la ley humana del trabajo y el dogma cristiano de la penitencia, que en su concepto, encierra, todo un sistema de civilizacion (1); y por su cuenta declara luego que los principales errores económicos proceden de nociones falsas de moral, como de derecho, que la ética es superior á la economía política y la limita, que la libertad es la verdadera norma económica, pero acompañada siempre de la moralidad y la justicia. Volviéndose por fin á los socialistas, y á los economistas ateos, ni más ni menos que yo, les dice: «si la riqueza y la prosperidad privada »ó pública presupone no tan sólo condiciones jurídicas »sino condiciones morales, y si para el cumplimiento de »las leyes de la moral una sancion es necesaria, ¿cómo »puede negarse que importe mucho al bienestar material, »la creencia en la vida futura» (2). Para Minghetti, en suma, léjos de estar reñida la economía política con el cristianismo, débele á éste aquella ciencia, cual todas las ciencias morales, proteccion y ennoblecimiento (3). Y ya lo indiqué ántes, señores: los escritores ateos al deducir lógicamente de su negacion el socialismo, y los escritores cristianos al oponer en primer término al socialismo las creencias religiosas y el dogma de la inmortalidad del alma, juntamente contribuyen á la demostracion de mi tesis.

### VIII.

Mas ya aquí, señores, ciérrame el paso, una grande objecion de que no puedo ménos de hacerme cargo con

(1) *Della Economia Pubblica*, lib. IV, pág. 423.

(2) *Id.*, pág. 197.

(3) *Idem.*

detenimiento. La religion y la moral ¿son por ventura indisolubles? ¿No puede haber moralidad en los pueblos, sin necesidad de creer en lo sobrenatural, ni profesar religion alguna? Entre los intentos quiméricos de nuestra Era, uno de los más tenaces es este de hacer independiente la moral de la religion, construyendo de nuevo aquella sin Dios, y sin vida futura. Punto es, señores, el que ahora toco, digno de atencion especialísima. Nadie ha negado, que yo sepa, entre los doctos, que la moral cristiana es grande y superior á la de los pueblos gentílicos. Pocos habian negado hasta nuestros dias que el divino principio del desinterés terrenal, opuesto al ingénito y hasta forzoso egoismo de todo *ego*, ó *yo* humano, sea de esencia en la moral; y que la verdadera maestra del desinterés es la moral evangélica. Ahora se intenta, sin embargo, estudiar ya la moral bajo otros dos distintos aspectos, el histórico y el racional, á fin de ver si puede ser construída sin el cristianismo. En el primer concepto trátase de hallar el origen puramente humano de la moral y seguir luego su desarrollo en las costumbres, en los sistemas, y las instituciones históricas, inquiriendo la razon de cada una de sus modificaciones, á fin de observar si se percibe ó nó en ellas el sucesivo movimiento de una ciencia progresiva, y si se descubre un fondo de moral comun, de constantes principios morales, que desautorice al moderno pyrronismo, empeñado ya en hacer ver que no hay moral universal. En el segundo concepto, se trata de ir levantando subjetivamente la moral sobre la sola base de la libertad, hecho primitivo, irreducible, y exclusivamente humano, pero inseparable de las circunstancias en que se realiza, hasta demostrar que el hombre es su origen, su objeto, y su verdadero creador; y

hé aquí lo que se conoce por moral independiente (1). Veamos ahora los frutos de la moral, que podríamos llamar histórica, y los de aquella, que todavía mejor que independiente podría llamarse filosófica.

Ningun hombre culto ignora ya el nombre del naturalista inglés Ch. Darwin, y alguna noticia tienen todos de sus trabajos sobre las variaciones de animales y plantas, el origen de las especies, y el del hombre y su historia, asunto especial del libro últimamente dado por él á luz sobre *la ascendencia del hombre*. Darwin como Liebig, ha sido acusado por otros naturalistas modernos de bajar servilmente la cabeza ante la idea de un Criador ó Director supremo del universo; pero á decir verdad, el gran químico alemán merece con más razon que el naturalista inglés, los enojos del materialismo contemporáneo. Mientras que Liebig no vacila en afirmar que el conocimiento experimental de la naturaleza, produce la conviccion de que no es el espíritu humano la última palabra del sér, sino que fuera de él, existe algo, mucho más perfecto todavía, y tiene por la mayor de las utilidades de la ciencia servir de medianera á la verdad cristiana, admitiendo, por consiguiente, la revelacion, conténtase Darwin con dejar á un lado cuestiones tales, y con reconocer imparcialmente que las causas sobrenaturales tienen á su favor el testimonio de las inteligencias más altas que hayan existido hasta ahora. Fuera de tal concesion, á que acaso le obligue, la intransigencia del espíritu cristiano en Inglaterra, diríase que Darwin no se propone otra cosa, sino

---

(1) C. Coignet.—*La Morale independante dans son principe et dans son objet*; pág. 7.—Paris, 1869.

hacer inútil la idea de Dios, por medio de sus obras científicas.

En vano al comenzar á describir la creacion de la moral en la historia, encuentra y repite, aquel apóstrofe de Kant: «¡Oh tú nocion maravillosa que no influyes sobre el alma por medio del artificio de la adulacion, ni de las amenazas, sino simplemente manteniendo desnuda la espada de tu ley; tú que si no siempre obediencia, obtienes siempre respeto; tú, ante quien parecen mudos todos los apetitos por rebeldes que en secreto sean; ¿cuál es tu origen?» A estas palabras sublimes responde friamente Darwin, con la proposicion siguiente: «Que cualquiera animal dotado de instintos sociales pronunciados, adquiriria de un modo inevitable el sentido moral y la conciencia, tan pronto como sus facultades intelectuales estuviesen al nivel ó casi al nivel de las del hombre» (1). Lo cual equivale á decir, que la inclinacion á andar en compañía con sus semejantes, que innata é instintivamente poseen muchos animales inferiores, por sólo ser más viva en el hombre, y alcanzar el hombre inteligencia mayor, produce en éste la cualidad que más seguramente lo distingue de cuantos séres llamamos irracionales, y que no es otra que el sentido moral. No interpreto aquí el pensamiento de Darwin: limítome á explicarlo con sus propias palabras.

La historia del desarrollo de la moral, á partir de este origen instintivo, que luego traza Darwin, es por todo extremo inverosímil y arbitraria, bien que esté urdida in-

---

(1) Ch. Darwin.—*The Descent of Man and selection in relation to sex.*—C. III, pág. 73.—London, 1871.

geniosamente. Si simpatizó el hombre, desde los primeros siglos prehistóricos, con las penas ó con los goces de sus semejantes, no fué sino porque, poseyendo la facultad de retener muy tenazmente las sensaciones de dolor y de placer, no bien veía padecer ó gozar á cualquiera, despertábase naturalmente en él la memoria de lo que por sí propio había ya padecido ó gozado también. Librarse de tan penosos recuerdos fué lo que debió en seguida mover al hombre á ofrecer socorros ó alivios á sus semejantes, procurando que dejase de padecer todo el que padecía; y hé aquí fácilmente explicado, segun Darwin, el origen del amor al prójimo, formulado más tarde, en el precepto santo de amar al prójimo como á sí mismo. Otro tanto le aconteceria al hombre cuando viese gozar; y deduciría de ello consecuencias iguales. Andando más y más el tiempo, la experiencia le ha ido también enseñando al hombre, que, cuando ayuda á sus semejantes, suelen ellos ayudarle igualmente, y paso á paso llegaron á adquirir así algunos el hábito de hacer favores para obtener otros favores en recompensa; y como los hábitos constantes en una y otra y otra generacion, acaban por heredarse, tenemos ya fisiológicamente adquirido ahora, lo que un poco de memoria y de instinto de conservacion indicó en un principio á nuestros ascendientes (1). Fuente copiosa ha sido también de sentimientos morales, para Darwin, el deseo de la alabanza y el miedo á la censura de sus semejantes, que experimenta el hombre, bien que no se atreva á fijar nuestro autor el período de la primitiva historia en que debimos comenzar á poseer tales estímulos; mas no debe de

---

(1) *The Descent of Man.—Moral Faculties.*—Pág. 163-164.

ser en su opinion, muy remoto, puesto que afirma que hay séres que todavía son animales domésticos, y los experimentan tambien. Resúme Darwin, por último, toda esta historia diciendo: «que la moral es un sentimiento altamente complicado, el cual arrancando de los instintos sociales, ha sido luego regido imperiosamente por la aprobacion de nuestros semejantes, y ordenado á la larga por la razon y por el interés; y áun en tiempos más recientes, por las ideas religiosas, la instruccion, y las costumbres» (1). Por donde se ve, que el célebre naturalista inglés admite al fin, como una de tantas causas de moralidad, las ideas religiosas; pero sin señalar el grado de su influjo, ni darlas por indispensables. ¿Y qué fondo comun de moral, ni qué moral universal cabe, señores, dentro de esta triste hipótesis histórica, que acabo de exponer ligeramente? ¡Ah!: el temido pyrronismo moral puede muy bien autorizarse hoy en dia con el testimonio científico de Darwin.

Pues todavía ménos condescendiente con las ideas religiosas, es en el fondo, el más comprensible acaso de los modernos apóstoles de la moral independiente, M. Coignet, el cual no es naturalista ya, ni historiador, sino ante todo filósofo (2). Como los naturalistas, muéstrase Coignet implacable enemigo de todo lo trascendente, y partidario de lo inmanente; como ellos rechaza la revelacion sobrehumana, y el concepto metafísico de la moral; como ellos niega, en fin, que proceda la moral de una esfera superior á la

---

(1) *The Descent of Man*. Páginas 165-166.

(2) C. Coignet.—*La morale independante dans son principe et dans son objet*.—Paris, 1869.

vida, y rehusa dar el carácter de decretos providenciales, á los que sólo tiene por teoremas científicos. Pero si no procede la moral, según este autor, de las especulaciones ilusorias de la trascendencia, tampoco juzga que tenga su origen en el orden externo de los fenómenos físicos: donde piensa que ella está, en el hombre es, y sólo en el hombre. Unicamente difiere, pues, de Büchner, para quien es cosa incontestable (1) la independencia recíproca de la religión y de la moral, así como de Vogt, Molleschott y todos los materialistas contemporáneos, en que admite la libertad del hombre en la naturaleza, y reconoce que es el solo ser con propia conciencia de su libertad. La libertad consciente de sí misma, es para Coignet, en resúmen, el manantial de todos esos fenómenos llamados morales, que no niega que doten á la humana especie de una esfera de actividad, realmente desconocida al resto de la naturaleza (2).

Y con todo, señores: no porque respete más Coignet que Büchner el inmenso fenómeno de la voluntad humana, construye al fin un sistema de moral muy diferente. Büchner afirma, por ejemplo, que para ser virtuoso el hombre necesita indispensablemente ser feliz; es á saber, no estar sujeto al hambre, á la miseria, á la ociosidad, á las enfermedades. Para él, toda la moral consiste en suma, en el mútuo respeto á la igualdad de derechos que entre los hombres debe haber con el fin de asegurar el bien, no tanto del individuo como de la especie humana. Una buena organizacion social basta, pues, según el naturalista alemán, para que casi por entero desaparezcan los delitos y

---

(1) *L'homme selon la science.*

(2) Coignet.—*La Morale indépendante*, páginas 25 á 30.

las faltas, que no podrán ser sino excesos rarísimos del individual egoísmo (1), cuando el sistema social en que vivimos esté totalmente transformado. Coignet opina, ni más ni menos que esto, es decir: que cuando la moderna crítica haya destruido todas las teorías, la metafísica como la religión, las ideas adquiridas como las preocupaciones empíricas, la tradición como la fe, sobrenadará solamente el hombre en tamaño naufragio, y reconstruirá de por sí el edificio moral sobre la base de la libertad. De esta se derivarán inmediatamente el derecho inviolable y equilateral, y la obligación imperativa y mútua; y del derecho así reconocido, y de la obligación así formada, es de donde ha de surgir, por último, la justicia, que concebida racionalmente y de un modo absoluto, constituirá nuestro perpétuo ideal. La moral de Coignet descansa por tal manera en el principio único de la igualdad y reciprocidad de derechos y obligaciones; y, trasladada á la esfera social, tiene que promover lógicamente una revisión completa de todas las instituciones humanas, hijas de la historia y de la actual civilización. Gobierno, legislación, Iglesia, en sus relaciones con el Estado; matrimonio, familia, propiedad, organización económica, asociaciones de crédito, de socorros, de cambio; sistemas de producción y de repartimiento de la riqueza, todo tiene que reconstituirse de nuevo, con arreglo al dogma de que no hay nada bueno, ni justo, ni santo, sino lo que es igual y común para todos. La nueva sociedad, en virtud de los cánones de la moral independiente formada, será en su esencia un contrato: no el de Rousseau, en verdad, sino otro constantemente ajustado, y constantemente

---

(1) *L'homme selon la science*, pág. 380.

deshecho, sin duda, por las voluntades conscientes de sí mismas, que, mediante la libertad, aspiran á la igualdad, ó sea á la justicia, sinónimo de igualdad en este sistema (1). Una sola aplicacion concreta de él, bastará, señores, para que acabeis de juzgarlo todo entero. La familia ha sido reputada hasta aquí por la primera y más justa de las asociaciones humanas, y debiera ser el perpétuo modelo de todas ellas. Pues al decir de Coignet, la familia tiene un origen puramente fisiológico, y habiéndose formado en virtud de un natural apetito, que la despoja de todo fin superior, ante la razon y la conciencia, tan sólo constituye un régimen de fuerza, y aún el más grosero y bárbaro régimen de la historia. ¡Santa y dulcísima autoridad de abuelo y abuela, de padre y madre; tierna y dichosa obediencia de hijos y nietos; natural respeto de los menores á los hermanos mayores, y debida proteccion de éstos á los más pequeños; todo, en fin, cuanto es vínculo, y orden, y providencia en la familia, no es sino pura fuerza para la moral independiente, y fuerza bruta que hay que ir disminuyendo sucesivamente, para pasar del estado de naturaleza al de barbárie, del de barbárie al de civilizacion! ¿Y esto podrá nunca llamarlo moral la conciencia humana? ¿Será esa moral filosófica la que haya de poner remedio á los males presentes, resolviendo los problemas sociológicos contemporáneos? ¿Habrà el mundo culto de pensar al cabo, como la moral de Büchner y la de Coignet dan á entender juntamente, que el bien material, por igual repartido, y los goces sensuales son las cosas únicas que el hombre debe anhelar, y realizar en la vida?

---

(1) Coignet: *La Morale independante.*

No: acaba de responder la filosofía krausista por boca de Tiberghien; no, responde asimismo el eco lúgubre de la ya apagada voz de Schopenhauer, último de los grandes filósofos germánicos. Pero Tiberghien, que sinceramente lamenta las tendencias sensualistas y materialistas de nuestra edad, las cuales, bajo la máscara del *positivismo*, cada día ganan terreno entre los hombres de mundo; Tiberghien, que tanto se escandaliza de que, sin reparar en los contrarios argumentos acumulados por la antigua y moderna filosofía, haya aún quien sostenga que el alma es una función del cerebro, que Dios es una hipótesis, á ménos que no sea la humanidad misma, y que el sér del hombre no difiere esencialmente del de los brutos; Tiberghien, que imparcialmente reconoce que el linaje humano no ha carecido hasta ahora de religion y de culto ni carecerá jamás; Tiberghien, por último, que victoriosamente refuta la tésis misma de la moral independiente, sosteniendo que es el amor de Dios el apoyo más firme de la verdadera moral, y el fundamento positivo de la caridad universal, así como que la moral reclama, por sancion, el concepto de la inmortalidad del alma; ¿por qué singular inconsecuencia se declara enemigo del catolicismo, desdenea el cristianismo entero, á lo que parece, y pone su esperanza toda en la fundacion de un nuevo culto, intentando erigir altares al Dios solitario de la religion natural? (4). Bien sabido es que la escuela krausista, que tantos y tan notables maestros ha tenido y tiene en Espa-

---

(1) Tiberghien.—*Les commandements de l'humanité ou la vie morale, sous forme de catéchisme populaire d'après Krause*.—Bruxelles, 1872.

ña, y de la cual es Tiberghien muy autorizado representante, nunca ha renegado del principio religioso, y hasta ha pretendido ser compatible con el cristianismo. Esa pretension difícil tiempo hace está abandonada por Tiberghien; pero si Dios le da larga vida aún, por sus propios ojos ha de ver aquel profesor incansable, que la nueva religion, de que se declara apóstol, únicamente basada en la razon, accesible á todas las inteligencias é infiltrada en las venas del cuerpo social, por la sola virtud de la propaganda racionalista, cunde poquísimamente; ó si cunde, ni por un instante detiene la decadencia del pueblo francés, ni la de ningun otro pueblo latino. Fuera del cristianismo, con su admirable fuerza de expansion, y su sublime historia sagrada, y su verdad moral, casi inconcusa hasta los revueltos dias que alcanzamos, no ya los hombres de mundo únicamente, sino tambien las muchedumbres, seguirán sin duda alguna su carrera, no parando hasta caer en el ateismo, que es para el propio Tiberghien la disolucion de los principios del orden científico, y la descomposicion del orden moral.

Jamás los mandamientos de la humanidad de Krause, guiarán los pasos del hombre que haya podido olvidar los del Decálogo, únicos que contendrán y enseñarán en todo tiempo la Ley de Dios. Á gran distancia quedará asimismo la reputacion del Catecismo popular, con sus mandamientos y todo, que compuso Krause y ha traducido y arreglado ahora Tiberghien, de la que alcanzó y alcanzará todavía en lo futuro el humilde catecismo español del P. Ripalda. Á veinte, es lo ménos que puede reducirse el número de los mandamientos krausistas; cuando reducidos á dos, y no más, los que Ripalda enseña, han bastado para engendrar

por sí solos una civilización, ni igualada ántes, ni ahora reemplazable, como es la cristiana (1).

Todavía ménos, si cabe, que el disfrazado panteísmo de Krause, el cual no titubea en llevar hasta su propio catecismo aquella conocida y singular proposición de que, Dios es distinto del mundo, sin dejar de estar junto con el mundo, obtendrá el pesimismo de Schopenhauer, ni imperio, ni influjo real sobre los hombres. Verdaderos son y útiles los cargos por Schopenhauer dirigidos al anárquico optimismo de nuestros días, mónstruo extraño que ofrece universal y perenne contentamiento, y sin cesar cubre el suelo de sangre y ruinas. Mas ese optimismo impío, producto del materialismo en sus diversas formas y también del panteísmo, bajo sus máscaras diferentes, no puede ser sustituido por la ironía horrenda de Schopenhauer, incapaz de engendrar la caridad ni el amor, sino ántes bien la desesperación y el odio de sí mismo y del prójimo (2). Para Schopenhauer todo el valor del hecho moral está en la intención, en la voluntad, de suerte que tanto grado de perversidad cabe, á su juicio, en una intriga cortesana, como en el más alevoso asesinato; y por eso mismo desdeña el influjo de la saludable doctrina de las penas y las recompensas en otra vida. «Puede en esto haber,» dice textualmente, «ventajas políticas, mas no morales, porque no se logra sino poner un obstáculo á la manifestación de la voluntad en la vida.» Hay en este concepto de la moral, que vários otros filósofos comparten,

---

(1) Sanz del Río.—*Ideal de la humanidad*. Pág. 252-255.—1860. Carta sobre algunas opiniones expresadas en el Ateneo.—1860.

(2) A. Foucher de Careil.—Hegel et Schopenhauer.—*Études sur la philosophie allemande moderne*. Paris, 1862.

un peligrosísimo sofisma, que no es esta ocasion de poner en claro, puesto que, segun al principio dije, no estudio hoy aquí las ideas teológicas, metafísicas y económicas, sino por lo que toca á sus efectos sociales. Pero dentro de tales límites, permitaseme declarar, señores, que no hallo nada tan absurdo como el fin moral de Schopenhauer. Dejarles pensar á los hombres, hacerles creer á las multitudes de hombres, que no hay vida futura, ni perfecta y eterna justicia, y decirles á la par, muy formalmente, que no es ningun mal la muerte, porque al cabo la eternidad de la materia y de la fuerza demuestra nuestra propia indestructibilidad; decirles que la naturaleza, libre de toda ley sobrehumana, é independiente de toda divina direccion, se burla de los individuos, y atiende tan sólo á la especie; decirles que con eso y todo se resignen con su suerte, y sufran y callen, porque vivir es padecer, y la felicidad es ilusoria, siendo real el dolor únicamente; decirles que la vida es pura vanidad, y que al mísero mortal le sirve sólo para tener ocasion y espacio en que anular su voluntad propia, derivando toda la moral de esta anulacion de la voluntad, la cual, pese á todos los filósofos del mundo, en cada uno se siente y reconoce libre; ¿es, por ventura, derramar saludables bálsamos sobre las llagas del cuerpo social? ¿En qué se parece esto, como han pensado algunos, al misticismo ni al ascetismo cristiano? ¿No serán más bien las consecuencias lógicas de tal doctrina, el endurecimiento del alma y el brutal apetito de los goces sensuales que, á no dudarlo, ofrece la vida, y que ningun pyrronismo basta á negar con fruto, ni cuando se están disfrutando de presente, ni cuando se apetecen, sé buscan, y á ciencia cierta se esperan? Lo que puede esto hacer únicamente es que sean más indisolubles, que

lo son todavía, esos tremendos problemas planteados ántes que por otros ningunos, por los obreros socialistas alemanes, y que tanto cuidado daban ya á Schopenhauer, y á su rival en ironías amargas, Enrique Heine.

## IX.

Y ahora, bien pueden ya permitírseme ciertas observaciones políticas, que ni serán muchas, ni aplicables á nacion alguna determinada. No es otro mi propósito en este punto, sino que midais conmigo la profundidad del abismo que tenemos por delante. Á mayor distancia de unos que de otros, hoy en dia, siguiendo ciertas pendientes, él habria de tragarnos á la postre á todos. Fijaos bien, señores, en que esas muchedumbres, mal endoctrinadas y mal contenidas por los artificiales, y vanos, y hasta inmorales sistemas de moral que acabo de bosquejar; esas muchedumbres de una parte descatoalizadas, descristianizadas, y entregadas de otra á la libre y despiadada corriente de las leyes descubiertas por la economía política; esas inmensas sumas, en fin, de proletarios, que no pueden limitar su rebelion á Dios exclusivamente, segun pretenden, por lo que se ve, ciertos pensadores superficiales, sino que puestos á ser rebeldes, lo han de ser á toda autoridad y á toda norma que no sea su inmediata y palpable conveniencia; tienen ya conferido, por solemne ministerio de la ley, todos los poderes públicos, en no pocas de las Constituciones del dia. Poseyó siempre el proletarismo la fuerza inconsciente de su parte; despues se han puesto á su lado las ciencias naturales, y hasta la filosofía, enseñándole que nada debe esperar ó temer sino de sí pro-

pio, ni dentro ni fuera del mundo; y tiene, por fin y postre, el instrumento generador del derecho, que es decir, el derecho mismo en sus manos. De esta suerte el derecho estará en lo futuro inmanente en la fuerza, como lo está la fuerza en la materia, según afirman Molleschott y Büchner; y el derecho será así cosa material, y no tendrá ya la fuerza que legitimar su acción fuera de sí misma, poniéndose al servicio de la razón y la justicia.

Ni se alegue para tachar de exageradas tales conclusiones, la experiencia que hasta aquí han ofrecido los pueblos regidos por instituciones libres. Lo pasado tiene muy poco que ver en esto con lo presente. Si formalmente consultais, señores, cuantos buenos libros existen sobre el derecho público de los pueblos libres, todos, sin excepción, os dirán: que ni en América, ni en Europa ha habido hasta aquí pueblos de esta clase cuyas instituciones no descansaran sobre solidísimas creencias religiosas. He citado ya, con otra ocasión, á Le Play, el cual ha tratado de un modo general la cuestión: tócame ahora hablar de autores que han escrito obras concretas y especiales.

Elocuentemente demostró el inolvidable Tocqueville, en su profundo exámen de la democracia en los Estados Unidos, que ninguna religion era allí contraria á la libertad; que los católicos mismos, tan acusados de enemigos de las modernas ideas políticas, son quizá allí los mejores de los ciudadanos; y que, en su concepto, la moral cristiana, por todas las sectas aceptada, y la unánime creencia en Dios de aquel pueblo, eran el fundamento de la gran severidad de sus costumbres privadas, de la firmeza que el orden moral allí conserva, á pesar de las agitaciones políticas, de la moderación de las ideas y sentimientos, y en

suma, de que fuesen allá posibles instituciones, que en otros vecinos países parecían manantiales de perenne anarquía. «El cristianismo (exclama Tocqueville) reina en los »Estados Unidos, sin contestacion ni obstáculo alguno, y »la religion en general debe ser reputada por la primera »de las instituciones de aquel pueblo: que si no es ella quien »le inspira amor á la libertad, tan sólo por ella acierta á dis- »frutarla (1).» Leyes recientes prueban que lo que observó años hace el mayor de los publicistas franceses contemporáneos, tan cierto cual era entónces debe de ser ahora.

Pues volviendo á Inglaterra los ojos, aguardanos allí la sorpresa de que un publicista como Bagehot, afirme hoy mismo, que si la monarquía añade allí gran peso al poder público, no es sino porque se apoya en la fuerza del sentimiento religioso, aunque á la verdad no acierte á darse cuenta el propio autor, que es todo un pensador libre, de semejante fenómeno. «Preguntad,» dice textualmente, «á la inmensa mayoría de los súbditos in- »gleses, cuáles son los títulos que la reina tenga para go- »bernarlos; y no os dirán, por cierto, que impera en »virtud de un auto del Parlamento; ántes bien responde- »rán, que ella reina por la gracia de Dios, y que ellos por »religion están obligados á obedecerla» (2). Y es de advertir, señores, que este autor poco há desconocido en el continente de gran parte de los hombres cultos, ha logrado á estas horas que apenas haya cuestion importante de sociología, donde los publicistas liberales y los

---

(1) *De la Democratie en Amérique. Causes qui maintiennent la Democratie*, tomo II, pág. 208.—Edicion de Paris, 1838.

(2) W. Bagehot: *La Constitution anglaise*.—Paris, 1869, página 81.—*La Royauté*. El autor dirigió tambien la edicion francesa.

naturalistas mismos, no citen con alto aprecio sus opiniones.

Consecuencias no distintas de las anteriores, dedúcese del libro recientemente publicado por el inglés Hephworth Dixon, acerca de la Suiza contemporánea. Examinando este autor la instruccion primaria en las escuelas suizas, donde se engendra y se alimenta principalmente el espíritu democrático de aquel dechado de federalismo, dice, que las leyes sobre pública instruccion de casi todos los cantones, tienen por objeto expreso formar á un tiempo buenos republicanos y buenos cristianos; citando en particular la de Zurich, que ordena que el sistema de enseñanza se arregle al propósito de hacer de los hombres ciudadanos útiles y séres morales y religiosos; y la de Vaud, que manda que toda la educacion pública tenga por base los principios del cristianismo y de la democracia (1), rigurosamente concertados.

Posible es, pues, y muy posible que el cristianismo perseguido, cual dije al principio, por los Gobiernos actuales, tanto republicanos cuanto monárquicos, pierda en lo porvenir su influjo en la legislacion y el organismo de todos los Estados; mas hoy por hoy no cabe negar el hecho demostrado, de que ningun orden social ha existido hasta ahora, ni siquiera en los países que más justamente se estiman libres, sin tomar sus principios por fundamento. Es de todo punto evidente, que cuanto en el orden social echamos de ménos, y cuanto buscamos en vano, hoy en día, hasta para consolidar las modernas instituciones liberales, hallábanselo fácilmente resuelto nuestros abuelos, sin más que profesar la ley del Decálogo con sinceridad y por entero; no

---

(1) *La Suisse contemporaine*.—Paris, 1872, cap. 26, pág. 201.

sin convicción ó á medias, como en estos tiempos en que tan sólo abren sus páginas los Códigos, á las meras prohibiciones de no robar, ni matar, algun tanto tambien contradichas ya y disputadas.

Si en los últimos siglos, que no siempre, faltóles algo esencial á las más de las naciones cristianas, fué, en verdad, la libertad política; la cual, sin duda alguna, es indispensable, para limitar los imperfectos poderes humanos, y evitar sus abusos y excesos, así como para mantener á cada hombre en legítima posesion de cuanto en la vida le corresponde, y hacer más respetables y de más fácil ejercicio sus derechos naturales. Pero destruir lo heredado por sistema, fué pecar, como á primera vista se conoce, contra la naturaleza; y bien merecen las modernas naciones liberales, en especial la francesa, la leccion que les diera el inglés Burke en aquellas memorables palabras: «Sabed que si »nuestras libertades están templadas por un cierto linaje »de gravedad respetuosa, no es por otro motivo, sino »porque siempre hemos obrado como si estuvieran delante »nuestros honrados padres» (1). Pia y útil á un tiempo fuera la imitacion de tal ejemplo por todas partes; no aspirándose á otro fin en ninguna que á mejorar, por medio de la libertad, la autoridad. Las revoluciones, aunque violentas y dolorosas de todos modos, habrian sido en tal caso fecundas, rompiendo únicamente de los viejos muros aquella porcion indispensable para que entrara más aire y mayor luz en el vetusto y venerable edificio social. Donde así han pasado las cosas, ni la demagogia, ni el comunismo, se ha ostentado hasta aquí vencedor; ni vencerán nunca, á

---

(1) Burke: *Reflexions sur la Revolution de France*.—Paris, 1823, pág. 59.

ménos que eso que se llama *continentalismo* en Inglaterra, es decir, la imprevisora y estéril movilidad del espíritu latino, se enseñoreen, al fin, de aquel gran pueblo; ó á ménos que, estimulados por sus filósofos naturalistas, grandes admiradores todavía del espíritu que desde 1789 informa al pueblo francés (1), consientan los alemanes de ahora en recibir lecciones de quienes no tan sólo están ya vencidos, sino tambien arrepentidos de lo que saben.

Y ahora bien, señores: si las antiguas creencias, y los antiguos principios de moral, que la experiencia daba por indispensables en las naciones limitadamente libres, que hasta aquí hemos conocido, donde ejercian el poder público clases cultas, bien halladas y por lo mismo ordinariamente serenas, ora aristocráticas, ora propietarias, ora poseedoras de cualquier interés intelectual, industrial ó agrícola en el Estado, ¿cómo han de faltar, sin riesgo, en estos pueblos modernos, que entrega á merced del proletarismo cada dia el constante ejercicio del sufragio universal? Toda institucion de mi patria, es, señores, muy respetable para mí en este sitio; y aunque otras veces la haya criticado ásperamente, no espereis ni temais, que ahora critique la institucion de que hablo. Pero lícito ha de serme decir que en filosofía y en sociología, el sufragio universal no representa más que la fuerza; la fuerza que puede estar muy bien de acuerdo con el derecho y la razon, pero que lo mismo que con el derecho y la razon, puede ponerse de acuerdo con la iniquidad y el error. Los ejércitos, que en otros siglos disponian exclusivamente de la suerte de los pueblos, son y serán siempre una fuerza

(2) Büchner: *Conferences sur la Théorie Darwinienne*.—Leipzig.—Paris, 1869, pág. 263.

más inteligentemente organizada y mejor dirigida que el sufragio universal; y, sin embargo, ¡qué inútiles y odiosos estragos no causan los escuadrones y los batallones victoriosos, cuando no sustentan causas justas, como una guerra de independencia, por ejemplo! Por eso, señores, las naciones amenazadas ú oprimidas por la fuerza de los ejércitos, deseaban mucho que á lo ménos se compusieran ellos de cristianos. No extrañeis, pues, que tambien apetezca yo que el sufragio universal sea cristiano á lo ménos, en las naciones á que su poder se extienda.

## X.

Harto sé yo, señores, lo que á todo esto se responde, nó sin cierto aire de triunfo hoy en dia. Dícese que, sea como quiera, la antigua fe ha desaparecido ya, ó propende á desaparecer; y que la fe no es cosa tal, que se compre, ni se venda, ni que á la hora precisa en que se echa de ménos venga á las manos. Mucho de verdad hay en semejante objecion; mas no tanta que invalide mis argumentos. No debe de ser tan árduo, como se dice, para los hombres del dia, el creer en las cosas sobrenaturales, cuando asistimos á un verdadero é inesperado reverdecimiento de ritos masónicos y ciencias ocultas. Tambien tiene el masonismo sus misterios, y sus procesiones, y su gerarquía, y cuanto han solido más censurar los escépticos en la Iglesia Católica; y el espiritismo posee igualmente su mundo invisible, y sus apariciones de muertos: cosas que, leidas en las vidas de santos, han dado tanto que reir á los libres pensadores del siglo pasado y presen-

te. Y, sin embargo, el masonismo y el espiritismo encuentran hoy creyentes, y hasta creyentes sinceros y bien intencionados. Temen sobremanera los espiritistas irritar á los espíritus que envueltos en su *perispiritu* cada cual, ó sea en la sustancia intermedia vaporosa y flúida, que al parecer les sirve para andar por el mundo, acuden solícitos al llamamiento de un *medium* cualquiera (1); ¿y donde se ve eso aún, señores, preténdese que el santo temor de Dios es, y siempre ha de ser ya impotente? ¿Pueden sinceramente sostener, por otra parte, que ni la justicia de Dios, ni las penas eternas, bastan á contener ni poco ni mucho la disolucion moral de las naciones, los que, á la vista de la más ilustrada y numerosa de las poblaciones humanas, poco hace han pretendido que todo un ejército copioso y valiente retroceda espantado ante los ritos masonicos, y ante las iras del *hermano terrible*? ¡Cuánta y cuánta no ha de ser la necesidad de lo sobrenatural y hasta de lo puramente maravilloso en el hombre, para que busque lo uno y lo otro por tan extraviados é inseguros caminos!

La verdad, señores, es, que la religion es cosa tan propia del hombre, y tan indispensable, que basta dejarla el camino expedito, para que de nuevo brote y crezca, y se extienda rápidamente, por donde quiera que sus ramas estén marchitas, ya que del todo secas en ninguna parte se vean todavía. Léjos de eso hay más, mucha más fe religiosa por el mundo, que los escépticos piensan. Lo que falta es que se la ampare y proteja, en vez de contrariarla ó perseguirla, cual acontece al presente.

---

(1) Tissandier.—*Des sciences occultes et du spiritisme*.—Paris, 1866.

Nada pido, sin embargo, á los Gobiernos, presas, por desgracia, de una especie de manía suicida; porque no es este oportuno lugar para ello. Diríjome únicamente aquí, á los publicistas y oradores, que suelen tomar ahora á su cargo la enseñanza de la moral, de la economía política, y de la política misma; y no ciertamente para exigirles que tengan fe, pues es pretension esa que á otros toca con mejores títulos, sino con más modestos intentos. Lo que yo querria es que esos voluntarios maestros de las inexpertas, indoctas é impresionables muchedumbres, abandonasen su temerario empeño de perseguir la idea de Dios, si no es, por ventura, su propósito ir entregando á los horrores del comunismo, y á las violencias de un nuevo estado salvaje, la civilizacion moderna. Lo que en resúmen solicito es, que no se prevalgan ellos de su imperfecto, aunque extenso y profundo saber, para deslumbrar á las muchedumbres ignorantes, quitándolas lo que dar no pueden, cual se cuenta que al magno Alejandro dijo Diógenes, á propósito de los rayos del sol. Otra cosa anhelo, mas no pido, y es, que ya que de sus entendimientos la fe está ausente, ya que reputan la idea de Dios, mera hipótesis del saber primitivo, arraigada en las conciencias por el trascurso del tiempo, comparen por lo ménos, imparcialmente los frutos de esa vieja y fecundísima hipótesis, con los que su propia hipótesis está hoy dando por todo el mundo; que con que eso hicieran, cierto estoy de que serian de aquí adelante mucho más útiles sus lecciones al bien individual y al bien comun. Los teólogos y los apologistas sagrados, ni deben, ni pueden, acaso tratar el problema religioso como voy á plantearlo yo ahora; pero para mí, que tengo ofrecido ya no salirme de los límites de la sociología, de la

economía política, y de la política propiamente dicha, ningun inconveniente hay en ello.

Supongamos, señores, que de escoger entre dos hipótesis se trate y no más. Tendremos siempre de una parte un Dios creador y providente, afirmado por la tradición de todos los pueblos, tan pronto por lo ménos, como en ellos ha logrado el hombre clara conciencia de sí; y, por obra suya, un alma inmortal, inteligente, libre, que, como libre es responsable, y que áun siendo imperfecta, y, viviendo entre cosas imperfectísimas, es capaz de ascender á la perfeccion por su propio esfuerzo, mediante la virtud, mediante la resignacion, mediante el trabajo. De la otra parte se nos dice, en resúmen, que siendo pura quimera lo divino, todo eso que se llama sentido moral, y justicia, y bien, y libertad, es obra exclusiva del hombre, que es, no obstante, hijo de mariscos ó monos; nieto de helechos ó pinos; biznieto de los granitos ó del detritus mineral y vegetal, que constituye la tierra ordinaria; descendiente, en fin, por línea recta, de aquella gran nebulosa, que, al decir de los astrónomos, se extendió un día hasta mucho más allá de los espacios que ocupan los planetas más remotos: la cual, nebulosa, dotada por sí misma de cierto movimiento de rotacion, al principio lentísimo y acelerado más tarde, acabó por constituir los innumerables pedazos del sistema solar en que figura nuestro planeta, y fué luego en éste progresivamente formando así lo orgánico, como lo inorgánico, tanto lo irracional como lo racional, y cuanto los sentidos perciben, y todo lo que el entendimiento analiza, y conoce, y eleva á ciencia. El hombre, final producto de aquella metamorfosis incesante, que no sabemos bien hasta qué punto alterará nuestro sér todavía,

no deja de ser inmortal, sin duda, en tal hipótesis, pero con un cierto linaje de inmortalidad, que sufre que la conciencia personal se borre en la muerte, porque á nadie ha de faltarle la dicha de continuar existiendo en el seno de la muda naturaleza, y en figura de átomos indestructibles (1). «Los muertos están en nosotros,» exclamaba á tal propósito Schopenhauer, en son alegre; y, con efecto, visto de esa suerte, todo hombre parece un sepulcro blanqueado, incapaz de contener otra vida que la de los gusanos que en él hallan alimento. El *determinismo*, por dentro, y el *fatalismo*, propiamente dicho, por fuera, es á saber: las leyes naturales, constantes y eternas, rigiendo interiormente la voluntad humana, con absoluto imperio, y oponiendo invencibles obstáculos externos á que realice actos independientes, hacen ciertamente inútil la conciencia del hombre, mas suprimen lo bueno y lo malo de sus acciones. Porque la moralidad supone la responsabilidad necesariamente, del mismo modo que la responsabilidad, la libertad; y sin moralidad, sin responsabilidad, sin libertad, con una conciencia personal ceñida á reflejar la naturaleza, ni más ni ménos que las aguas claras, sóbrale razon, repito, á Schopenhauer: cada hombre es un breve cementerio ambulante, con su putrefaccion inevitable, con sus irremediables y desoladoras tristezas. ¡Ah! señores: ¿no es verdad que de esta á la primera hipótesis hay desventajas muy grandes? ¿No es cierto que la hipótesis postrera repugna á lo más noble y más bello, y más dulce que hay en toda vida de hombre y en toda vida social ó colectiva? ¿No reparais que lo primero que muere es

---

(1) *L'homme selon la science*, 391 y 393.

la libertad en la hipótesis atea, ya sea materialista, ya positivista, ya panteista; y que el determinismo que del movimiento sin principio de la nebulosa deduce, sin Dios el universo entero, no tan sólo suprime la libertad en el Creador, sino en la criatura, y tiene que negar por fuerza la voluntad y el libre albedrío? ¿No convenís, por fin, en que en un mundo, obra exclusiva de la materia y de su fuerza inmanente, sería razon bajar sin exámen y hasta devotamente la cabeza á toda fuerza, y tener tambien por infalibles cuantos decretos, inícuos ó nó, promulgue ella y mantenga? Y, ¡cómo no ver ya perspicuamente el grande acierto con que anunció Donoso, años hace, que la libertad moria á los golpes mismos que el catolicismo; que es la religión, que es la teoría de Dios por excelencia! Pues ved, señores, imparcialmente, ved si repugna á la razon, al modo de lo que queda expuesto, ninguna de las derivaciones de la hipótesis religiosa. Será hoy rechazada ésta por el empirismo, será puesta indiferentemente á un lado, sin afirmar ni negar, por el positivismo; pero, léjos de ser antipática al hombre, siempre la ha aceptado y honrado, hasta aquí éste; ó, cuando ménos, casi siempre, si admitimos la pretension de Büchner y otros de su escuela, de que no existe la idea de Dios en algun que otro pueblo salvaje. Ved tambien, señores, si hay Encíclica, por restrictivamente que sus palabras se interpreten, que haya nunca dicho contra la libertad humana, exterior é interior, lo que dice á voces la hipótesis atea, que tanto influye en nuestros dias. Y aunque no sea más que por un momento, fijaos, asimismo, señores, en las graves consideraciones que siguen, no sacadas de la historia sagrada, sino de la del progreso científico.

Hay un profesor alemán, de nombre Hæckel, citado por Büchner, en la introduccion del libro que se intitula *el hombre segun la ciencia* (1), el cual estima y dice que los mayores y más funestos errores que hayan hasta aquí robado la felicidad á los hombres, son los que llama él *geocéntrico* y *antropocéntrico*; ó, lo que es igual, el error de mirar la tierra como punto central de un universo únicamente elaborado para ella y sus habitantes, y el de reputar del propio modo al hombre, centro y final objeto del mundo organizado, su amo y señor natural. Para el referido autor, si el primero de tales errores fué desvanecido por Copérnico, Galileo y sus discípulos y sucesores, lo está ya igualmente el segundo por Lyell, Darwin y otros naturalistas coetáneos. Pero ni Hæckel, ni Büchner, ni los adeptos de la escuela darwiniana, bien que se propongan, segun proclaman, completar la obra de Copérnico, se rinden ante la verdad hoy, si por ventura la encuentran en condiciones semejantes á las que alcanzara el sistema copernicano durante la vida de su insigne descubridor y de sus primeros discípulos ó adeptos. No soy yo quien lo dice, señores, es la moderna astronomía la que enseña que del movimiento anual de la tierra no ha habido pruebas directas, ni se ha podido ofrecer positiva demostracion hasta los viajes y experiencias científicas de nuestros dias; y que ántes, sobre todo, del descubrimiento de la atraccion ó gravitacion universal, los más audaces copernicanos estaban reducidos á oponer simples probabilidades á sus contradictores, y á hacer valer lo sencillo y completo del nuevo sistema, si se le comparaba con el complicado y

(1) *L'homme selon la science, son passé, son présent, son avenir.*  
Pag. 12.—Paris, 1872.

manco de Ptolomeo, reinante á la sazón en las escuelas (1). Y esto y no más le bastó entonces á un Galileo para decir ó pensar, que da lo mismo, el famoso *E pur si muove* de la historia. Ni hoy tampoco necesitan saber mucho más los físicos, los astrónomos, ó los matemáticos, respecto á la gravitacion misma. Es este para ellos un hecho primitivo, que da cumplida razon de los movimientos de los cuerpos celestes, y del cual, mediante las fórmulas de la mecánica, se deducen verdades, que á *posteriori* confirma luego la constante experiencia. Nadie pretende negar el hecho en sí, ni rebelarse contra sus consecuencias, porque el humano saber no alcance más léjos en ese punto cardinal para las más adelantadas de las ciencias (2). Y, sin embargo, los que cultivan éstas es, á saber, la astronomía y la física, no sin razon pasan por ser los más positivistas y exigentes de los investigadores. ¿Por qué han de pretender tanto más que ellos los naturalistas del día, negándose á reconocer en el Dios personal y libre, un hecho primitivo y exclusivamente capaz de explicar los fenómenos intelectuales y morales? ¿Por qué ese empeño temerario de negar en metafísica todo lo que ni ven ni tocan, pretendiendo descubrir directamente, y por medio de la observacion empírica, los primeros principios de las cosas intelectuales y morales, ellos que tienen tambien que contentarse con inducciones é hipótesis, sin exigir otro testimonio de verdad á estas últimas, sino que den suficiente razon de los hechos? Porque, verdaderamente, con sus hipótesis pe-

(1) Camille Flammarion.—*Vie de Copernic, et histoire de la découverte du système du monde*. Pag. 179.—Paris, 1872.

(2) P. Secchi.—*Le soleil*. Pág. 341.—Paris, 1870.

culiars, no son ellos tan severos, ni mucho ménos. De propia autoridad declara, por ejemplo, Büchner, que las suyas y las de su escuela deben tenerse por valederas, sin más condiciones que ser sencillas y naturales, y estar en armonía con las leyes conocidas de la naturaleza; partiendo siempre, por supuesto, de la capital hipótesis de que no existe otra realidad que la que acreditan los fenómenos sensuales. Toda explicacion auxiliar, extranatural, sobrenatural, ó algun tanto forzada, quiere en cambio Büchner que rigurosamente sea condenada por la ciencia (1); como si él ni otro alguno de los naturalistas escépticos se limitasen á estudiar los cuerpos que ven, ó las propiedades de los cuerpos que tienen á mano; como si las ideas no fuesen tambien reales, y no se impusiesen al entendimiento, tanto y más que las sensaciones; como si no tuviese mucho de hipótesis la general conviccion de que efectivamente perciben los sentidos la realidad de las cosas.

Sin salir, señores, de la peculiar esfera de los naturalistas, ¿cómo podrá negarse, por ejemplo, que la gran revolucion que ha consumado Lyell en la geología, reemplazando los antiguos cataclismos por la marcha natural de ciertas causas, que han obrado y obran incesantemente, y ahora mismo, no se apoya en una induccion hipotética? Pues la conclusion de todo el sistema zoológico de Darwin, reduciendo á cuatro ó cinco primordiales formas, ó parejas primitivas, el origen de todo el reino animal, y á otras tantas el de todo el reino vegetal, ¿qué otra cosa es sino una hipótesis, y bastante arbitraria por cierto? Pruébalo el propio Büchner, reprendiendo ásperamente á Darwin por

---

(1) *L'homme selon la science*. Pág. 305.—Paris, 1372.

no haber tenido valor suficiente, ni bastante lógica para forzar esa hipótesis, proclamando como cierto el origen común de todos los seres, que el gran naturalista inglés se atreve únicamente á sospechar por induccion ó analogía. ¿Y qué es esto último que Büchner pretende de Darwin, y que él de por sí realiza, si ya no es una hipótesis todavía más audaz que la precedente, bien que la niegue tal nombre, confiriéndole harto prematuramente el de *explicacion* ó *descubrimiento*? (1). No hay duda, señores: hipótesis son también, y no más que hipótesis, todas esas, y fuera justísimo que, siquiera la de mayor importancia, aquella con que nada ménos se intenta que explicar de nuevo lo presente, lo pasado y lo futuro del hombre, ántes de pretender, segun pretende, el público reconocimiento, y las adhesiones científicas, con que contó desde poco despues de nacer, ó de renacer con fuerzas para seguir adelante, la grande hipótesis copernicana, diese iguales ó semejantes muestras de sí propia; construyendo de nuevo y mejor que el catolicismo, ó el cristianismo de cualquier rito, la metafísica, la moral y el derecho. No de otra suerte, reconstituyó la astronomía, la hipótesis del clérigo de Cracovia: y ¿hay hasta aquí señal alguna de que sea tan feliz el concepto realista del universo, con su hipotético principio de la unidad omnipotente y omnisciente de la materia y de la fuerza?

No y mil veces no, señores: los salmos bíblicos, y áun los himnos religiosos de todos los pueblos, millares de veces han dicho que los cielos pregonan la gloria del Señor;

---

(1) *Conférences sur la théorie darwinienne de la transmutation des espèces et de l'apparition du monde organique.*—Leipzig et Paris, 1869.—Páginas 25, 26 y otras.

y yo saco por consecuencia de lo expuesto, que más que los cielos todavía la pregona y hace patente el orden social. Ha sido siempre claro para los pensadores creyentes, que el entendimiento del hombre está providencialmente construido, para tener por centro la idea de Dios; y para mí es tanto ó más claro ya, que la sociedad civil, en que por ley de su propio sér, vive el hombre, no puede existir sino á condicion de tener fuera de este mundo su centro. Sobre la prueba fisico-teológica que ya los salmos y los himnos contienen, y sobre la metafísica ú ontológica, que tantos modernos sabios prefieren, está para mí esa otra que á todos acaba de ofrecernos, el exámen de las mortales enfermedades que sin Dios padece, y de los remedios fáciles que en Dios halla el orden social. Tales son, señores, mis definitivas conclusiones; y ¿por qué responder ya ahora una por una, á cuantas preguntas he formulado ántes, si todo el fondo de este discurso, contesta á ellas suficientemente? Lo que conviene ya, y casi urge, es darle punto.

## XI.

No ha de ser, señores, sin pedirnos ántes perdon, por haberlo dilatado tanto este año. Pero es, en verdad difícil, tratar de estas cosas tan relacionadas con nuestros pensamientos, nuestras necesidades y toda nuestra existencia interior ó exterior, individual ó social, y tan oscuras y tan altas, al propio tiempo, en una forma de todo punto ligera. Ni Gobiernos, ni naciones pueden ya, aunque quieran, desdeñar en adelante las cuestiones religiosas, políticas y sociales, de que he tratado esta noche; que ellas mismas cuidarán de ha-

cerse presentes. En cuanto á los individuos, posible es, sin duda, que muchos y quizá los más pasen su vida sin hacerse cargo siquiera de que existen ellas, distraido el ánimo con las poéticas imaginaciones de la juventud, ó con las ásperas pasiones de la edad madura; cegados ahora por el amor, corrompidos luego por el interés, enloquecidos, á la postre, por la ambicion y el deseo de imperio ó de gloria. Mas todo hombre que una vez llega á contemplarlas serenamente, y á estudiarlas de veras, seguro es que sin pena no las abandona jamás. Atráele, por un lado, la curiosidad ansiosa de la ciencia, que incesantemente aspira á vencer toda dificultad con que tropieza, sin desalentarse con ningun desengaño; y, por otro, el entusiasmo indeliberado que, al divisar entre las sombras del conocer, la plenitud de lo infinito, por fuerza brota y surge en el alma inmortal. Necio empeño es que la ciencia naturalista del *cómo*, desdeñe á la ciencia del *porqué*, hoy en día. El *cómo* y el *porqué* los necesita igualmente la inteligencia humana; que no ha de hallar empleo mejor, ni otro mejor fin, que el de conocer lo más que pueda de lo uno y de lo otro en la vida. Para dejar aparte el *porqué*, segun los naturalistas pretenden, no era preciso que llevase tan léjos su hipotética evolucion el sér: que bien pudo detenerse el supuesto transformismo de la naturaleza, en las plantas que nacen, y se alimentan, y crecen, sin que ninguna preocupacion metafisica perturbe en lo más mínimo su tranquila existencia; ó hacer alto cuando más en el bruto, que instintivamente sabe el *cómo* de todo lo que le hace falta, é ignora, sin inquietud ni vergüenza, de qué modo es, y por qué es, cuanto sobra á sus apetitos y necesidades. Al hombre, en tanto, y, más al hombre cristiano, no puede serle indiferente el *porqué*

en su camino, sobre todo hácia las últimas jornadas. Las campanas católicas, suspensas sobre nuestras cabezas todavía, cuando lentamente despiden á los unos, parece como que llaman á los otros, para que lentamente vayan tambien saliéndose de la vida; y loco ó necio ha de ser quien oyéndolas, aunque ya no sea creyente, alguna que otra vez no se pare á pensar en las cosas incógnitas y eternas. Dios, el alma, lo pasado, lo futuro, el destino humano, ántes y despues de la muerte, no son, nó, vanas palabras ó frases, para ningun elevado entendimiento, ni para conciencia alguna recta, cuando convida ya al ocio las pasiones, la edad: son, por el contrario, entónces, ideas fijas, ó latentes preocupaciones, que no se ausentan del espíritu más. Muchos de los que estamos aquí, comenzamos á saberlo; otros deben de tenerlo ya sabido, por propia y añeja experiencia; y aunque sea melancólico término para un discurso, no he de callar, que vosotros asimismo lo sabreis un dia, ¡oh jóvenes escolares!: vosotros que llena ahora de calor el alma, y ricos en ilusiones y esperanzas magníficas, pedís á nuestras anuales lecciones la luz dudosa aún, con que la ciencia alumbrá los senderos oscuros de la vida.

He dicho.

